

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Esos que nunca volveran

Un consejero de la CIA aparece en el apartamento de Brigitte para encargarle una misión: Roy Devine, agente de la CIA, ha desaparecido, seguramente asesinado. Las últimas noticias que se tienen de él es que pensaba viajar a Barcelona. El Simón residente en Barcelona ha tenido un error garrafal: se ha equivocado de día al ir a recoger a su compañero Roy, y éste no ha dado señales de vida.



Lou Carrigan

Esos que nunca volverán

Brigitte en acción - 192

ePub r1.0

Titivillus 27-10-2017

Lou Carrigan, 1974
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Preludio

El avión de la «Iberia» tomó tierra en la pista asignada en el aeropuerto de Barcelona, procedente de París… Eran las once de la noche, más tres minutos que el vuelo llevaba de retraso.

Bajo la fina pero espesa llovizna, el autobús encargado de recoger a los pasajeros partió al encuentro del avión, los recogió, los llevó a la llegada de vuelos internacionales, y allá, tras las formalidades de rigor, fueron autorizados a entrar en España.

Ninguna dificultad.

Así que, tranquilo, confiado, Roy Devine apareció, finalmente, en el gran vestíbulo del aeropuerto. Llevaba una sola maleta, tan pequeña que más bien podía definirse como maletín, así que no había que perder tiempo esperando que la cinta transportadora hiciese aparecer su equipaje procedente del avión. Por lo tanto, fue en realidad el primer pasajero en abandonar la sección de llegada de vuelos internacionales. Había personas esperando allí, tras las grandes cristaleras, saludando ya a los parientes o amigos que habían ido a recibir. Pero ninguna de ellas hizo el menor caso a Roy Devine. Nadie le saludó, nadie se acercó a él.

Y esto, hizo fruncir el ceño al recién llegado pasajero. Consultó su reloj, asintió con un gesto, como diciéndose a sí mismo que todo estaba correcto, y se dedicó a mirar a su alrededor, con una cierta impaciencia. Tres minutos más tarde solamente, su impaciencia era ya inquietud. Inquietud justificada, pues estaba seguro de que había enviado el mensaje correctamente al enlace de Barcelona. Un largo telegrama, naturalmente cifrado, pero cuya clave no tenía dificultad alguna para su compañero de la CIA que debía haberle estado esperando.

Volvió a mirar el reloj, y luego paseó arriba y abajo, cada vez más sombrío el gesto. En una pantalla de televisión del aeropuerto se anunciaban las salidas y llegadas de varios vuelos. Afuera, en la

negrura de la noche, brillaban los delgadísimos chorros de lluvia. Enfrente mismo, las luces rojas de situación de varios coches indicaban el emplazamiento del estacionamiento…

Por fin, ya definitivamente preocupado, Roy Devine fue hacia la salida. La doble puerta de cristal se abrió al pisar la plancha de contacto cubierta de goma. Salió, quedando bajo la amplia marquesina. Cerca de él, el asfalto relucía en la ancha calzada destinada a recogida y descarga de pasajeros.

Más allá, una estrecha franja de arbustos. Luego, el estacionamiento.

No hacía frío, pero sí un fresco considerable. Por el estacionamiento se veían paraguas brillantes.

«Algo ha ocurrido —pensó Roy Devine—. El mensaje era perfecto, lo decía todo bien claro. Es un asunto importante y, el enlace de Barcelona tenía que estar aquí, esperándome… No es posible que nadie se me haya anticipado, pero…».

Pero el hecho cierto era que nadie le estaba esperando, que el hombre de la CIA en Barcelona no aparecía, y por eso, además de implicar posibles contratiempos, significaba que tendría que valerse de sus propios medios para llegar a Barcelona, y allá, naturalmente con todas las precauciones propias del caso, intentar ponerse en contacto con el enlace…

—No se vuelva —oyó tras él una voz, en pésimo francés—: camine hacia el estacionamiento, y si vuelve una sola vez la cabeza, dispararé a su espalda.

Roy Devine se estremeció. Y no por el fresco de la lluviosa noche, no. Vaciló, pero sólo durante una fracción de segundo.

Echó a andar, salió de debajo de la marquesina y el agua le hizo estremecerse de nuevo. Un taxi se detuvo a su izquierda, cediéndole paso en las anchas rayas amarillas de preferencia para peatones. Llegó a la estrecha zona ajardinada, la cruzó siempre en línea recta, sin molestarse en buscar los pasos establecidos, y se encontró en el límite del estacionamiento. Detrás de él, los pases que tenuemente venía oyendo, se detuvieron.

—Siga recto.

Roy Devine asintió con la cabeza y siguió caminando, enfilando el paso entre dos baterías de coches estacionados. En el otro lado, se oían risas. Dos paraguas se cerraron, se oyó el chasquido de

portezuelas de coche al ser cerradas, se encendieron luces rojas y amarillas, zumbó un motor… Roy Devine seguía caminando, hacia el fondo de la zona de estacionamiento. Por allí no se veía a nadie. Ni un paraguas brillando a la luz de los espaciados faroles de iluminación.

—Pase entre los dos próximos coches y deténganse —ordenó ahora la voz, siempre en pésimo francés.

Roy Devine obedeció. No podía hacer otra cosa. Pero no se resignaba. Algo tenía que hacer, porque no sólo estaba en juego el microfilme que llevaba en el maletín bien oculto, sino seguramente su propia vida. Y, morir por morir… Su obligación era intentar algo, por descabellado que fuese.

Cuando se detuvo, todavía oyó un par de pasos del hombre que tenía detrás. Podía volverse velozmente, intentar…

Pero detrás de Roy Devine, algo brilló bajo el agua, bajo la luz, en la mano derecha del hombre que le amenazaba. Algo delgado, punzante, acerado… La mano se movió con fuerza y Roy Devine notó el pinchazo en la espalda. Lanzó un breve y agudo grito, se volvió soltando el maletín y dispuesto a luchar por su vida, pero la vista se le nubló en seguida y cayó de rodillas, girando hacia su derecha. Su frente golpeó fuertemente contra la portezuela del coche de aquel lado, dejando una pequeña abolladura. Tras el rebote, el agente de la CIA intentó todavía ponerse en pie, apoyando las manos en el suelo, alzando la cabeza como si sólo con este gesto todo su cuerpo fuese a obedecerle.

No fue así.

Lo único que pudo conseguir Roy Devine fue ver al hombre que le había atacado. Es decir, sólo vio una sombra borrosa rodeada de luces amortiguadas, un impermeable, un gran sombrero con el ala caída hacia delante… Nada, en realidad.

Finalmente, cayó de bruces y quedó inmóvil.

El otro se arrodilló apresuradamente junto a él, se quitó el sombrero de tela de gabardina, dejando al descubierto su avanzada calvicie, y aplicó una oreja al pecho de Roy Devine, mientras el agua caía sobre su mejilla derecha, rolliza, rechoncha, saludable.

Escuchó unos segundos. Luego, se incorporó, recogió el maletín de Roy Devine y pensó:

«Lo he conseguido».

Capítulo I

—¡No conseguirás engañarme nunca más! —aseguró Minello—. ¡Y desde luego, lo que hiciste no es propio de ti, ni yo merezco que…!

—Bueno, bueno, Frankie, cálmate —rió Brigitte Montfort—. Aquello ya pasó, hombre. Hace días que volviste, todo va bien, te pedí disculpas que me concediste… No creía que fueses tan rencoroso, la verdad.

—Fue toda una cochinada… ¡Desde luego, muy digna de una espía!

—Ssst —se llevó un dedito a los labios Brigitte—. No seas tan escandaloso: alguien podría oírte.

Minello respingó, pero en seguida comprendió que, como siempre, Brigitte se burlaba cariñosamente de él. Por supuesto que nadie podía oírle allí, en el salón del apartamento de Brigitte, pero la sola idea de que alguien pudiera hacerlo, de que alguien pudiera enterarse por su conducto, de que la señorita Montfort era también la agente Baby de la CIA, la más temida espía del mundo, ponía los pelos de punta a Frank Minello.

Se quedó mirándola, fascinado como siempre. Desde luego, era la mujer más hermosa del mundo, y estaba dispuesto a partirse la cara con quien tuviese la osadía de discutírselo… Brigitte tenía los más bellos ojos azules que pudieran caber en imaginación humana, y su rostro era absolutamente delicioso. Su cuerpo era el delirio de la perfección… Sí señor, el delirio. En aquellos momentos llevaba solamente unos pantalones rojos de fantasía, de «pata de elefante», y un corpiño poco más grande que la pieza superior de un bikini, haciendo juego. Se veía su vientre terso, sus hombros redondos y finos, su cuello largo, exquisito, rodeado de una larga cabellera negra, suavemente ondulada. Su piel era dorada, como si dentro, bajo ella, estuviese el mismísimo sol…

Y su sonrisa era lo más dulce de la vida.

—Bien está —susurró Minello—. Bajaré la voz, pero fue una cochinada dejarme como un tonto esperándote en Tegucigalpa[1].

—En parte tienes razón —admitió la divina espía—. Pero estaba tan ocupada con aquella terrible guerra que me olvidé de ti. Y al terminar todo, me vine a casa, sin recordarte.

—¡Pues vaya…!

—Si de verdad me adoras, no hablemos más de esto, Frankie.

—¿De qué?

—De todo esto de Tegucigalpa.

—¿Tegucigalpa? ¿Qué es Tegucigalpa?

Brigitte se echó a reír, y le tiró un beso a Minello con la punta de un dedito.

—Así me gusta —exclamó—. Bueno, termina de tomar el desayuno mientras yo me visto, y nos iremos juntos al «Morning». ¿De acuerdo?

—¿Qué pensarías de mí si algún día no pasara a recogerte para llevarte al periódico? —preguntó Minello.

—Pues pensaría que… que te habías muerto. De todos modos, últimamente me vengo preguntando si vienes a recogerme cada día por amabilidad hacia mí, o porque te encantan los desayunos de Peggy.

—Lo único que a mí me encanta en esta vida, eres tú.

—Supongo que no esperarás que Peggy me ase al horno para servirme como desayuno tuyo —volvió a reír la superespía internacional—. Voy a vestirme… ¡Y no se te ocurra fisgonear por mi dormitorio, como has hecho otras veces!

—Desde luego —refunfuñó Minello— es un asco tratar con espías… ¡Lo descubrís todo!

Riendo, Brigitte abandonó el salón. Ya en su dormitorio, abrió el armario, para elegir la indumentaria de calle para aquella mañana. Cualquier mujer se habría pasado horas vacilando ante semejante cantidad de modelitos que llenaban el enorme armario empotrado. La espía internacional alargó la mano, descolgó uno, y eso fue todo.

Estaba a punto de quitarse el corpiño cuando, lejano, oyó el carillón de llamada a la puerta del apartamento. Alzó las cejas y luego sonrió.

—Seguro que es el empleado de la floristería de tío Charlie, que viene a traer las rosas de cada día.

Se desnudó, se puso el otro vestido, eligió siempre sin la menor vacilación un par de zapatos… y Peggy, su única y fiel sirvienta, apareció en la puerta del dormitorio, tras llamar en ella.

—Señorita, un caballero desea verla… Con urgencia.

—¿Quién es?

—No le conozco. Pero él dice que usted sí le conoce… Dice que es un consejero.

—Un consejero… ¿de qué o de quién?

—Él ha dicho que usted entendería.

Brigitte parpadeó.

—Llévalo a mi despacho —musitó—. Y a Frankie, a la cocina.

—Sí, señorita.

La espía acabó de vestirse y se dirigió a su despacho. Al entrar ella, un hombre se puso en pie, dejando de mirar aprobativamente a su alrededor. Un sujeto de mediana edad, serio, correcto, pero sin relieve especial alguno.

—Buenos días, señorita Montfort.

—Buenos días… Siéntese, por favor.

Ella lo hizo primero, tras su mesa. El hombre la imitó entonces y sonrió desganadamente.

—Me pregunto si me recuerda usted —murmuró.

—Naturalmente.

—Bien… Claro, no es fácil que ninguno de nosotros olvide a nuestra agente Baby, pero quizá usted no se fija en todos nosotros con la misma atención.

—En la Central saben muy bien que yo me fijo con atención en todo el mundo… De otro modo no le habrían enviado: saben que le recuerdo. ¿Ocurre algo grave?

—Bueno… Relativamente grave.

—¿Relativamente? En tal caso, quizá no era necesario enviar a mi domicilio nada menos que a uno de los consejeros de las asambleas especiales de la CIA ¿Por qué no me ha llamado míster Cavanagh, como es habitual?

—Mmmm… Bueno, nuestro jefe del Grupo de Acción está en el extranjero en estos momentos.

—Ah.

—Sí, en… Panamá, creo.

—Ya. ¿Sucede algo allí?

—No, no… Inspección ordinaria de jefatura, según tengo entendido.

—Lo celebro. Sin embargo, sí podía haberme llamado el señor Pitzer, o venir él aquí, cosa que hace con gran frecuencia… ¿Le ha ocurrido algo a él? —se alarmó de pronto.

—Desde luego que no. Simplemente, tuvo que salir precipitadamente para atender de modo personal cierto pequeño asunto en Niágara. En vista de esta coincidencia de circunstancias, me han designado a mí para ponerla al corriente de cierto asunto que le rogamos atienda con su reconocida eficacia.

—Muy amable… ¿Entiendo que viene usted expresamente desde Washington para encargarme una misión?

—Sí, efectivamente.

—¿Me perdona un par de minutos? —Se puso en pie la espía más astuta del mundo.

—Por supuesto —se puso en pie también el correctísimo caballero.

La espía sonrió y salió del despacho. Fue rápidamente a su dormitorio, abrió el armario, hizo salir la radio camuflada y pulsó el botón de llamada. Quince o veinte segundos más tarde, oía la inconfundible voz de Simón-Nueva York, el ayudante de Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA instalado en una floristería.

—¿Sí?

—Buenos días, Simón.

—Oh, Baby… Buenos días. Perdone que haya tardado tanto en atender, pero cuando ha sonado la señal estaba atendiendo a un cliente de la floristería…

—Espero que haya hecho una buena venta —rió Brigitte—. Quisiera hablar con tío Charlie, Simón.

—No está. Salió esta madrugada hacia Niágara. Ah, como ya son casi las diez, tengo que pasarle un mensaje de…

—Simón: ¿qué sabe de míster Cavanagh?

—Nada. Bueno, tengo entendido que no se halla en Langley en estos momentos. Precisamente, como le decía, recibí un mensaje de la Central para usted; tenía que pasárselo a las diez. Pero ya que ha llamado usted…

—Dígame ese mensaje.

—Hace referencia a la visita de uno de los consejeros de la Central a su domicilio. Es mejor que esté enterada, ya que así…

—El consejero ya ha llegado. Está en mi despacho.

—Ah. Bueno, debe haber llegado antes de lo previsto.

—Está bien… ¿Algo más?

—Pues no… Bueno, entiendo que ese consejero viene a imponerla en cierto trabajo, nada más. Y espero de usted que si es así y tiene que abandonar Nueva York, sea tan amable de informármelo.

—Así lo haré, Simón.

—Gracias. ¿Han llegado ya las rosas?

—Todavía no.

—Pues las envié hace rato… No creo que tarden.

—Seguramente. Adiós, Simón.

—Nunca adiós: hasta la vista.

—Hasta la vista —sonrió ella.

Cortó la comunicación, guardó la radio, cerró el armario… y quedó pensativa. ¡Qué casualidad…! Tanto míster Cavanagh como tío Charlie se habían puesto fuera de su alcance… Bueno, ¿y por qué no? En espionaje, uno nunca sabe dónde va a estar diez minutos más tarde.

Regresó al despacho, sonrió amablemente al serio caballero y se sentó.

—Discúlpeme —murmuró—. ¿En qué estábamos?

—¿Ha confirmado ya mi autenticidad? —sonrió el hombre.

—Naturalmente. Aunque su autenticidad en lo personal podría no significar nada… Cierto —añadió rápidamente—: usted es, sin duda alguna, uno de los consejeros, pero eso no descartaba la posibilidad de que estuviese actuando por cuenta propia, no enviado por la Central. Confirmado esto, siga, por favor.

—¿Sugiere que yo podría estar aquí con intenciones… personales?

—Muchas veces he pensado que mi identidad de Baby es conocida por demasiadas personas en cuya lealtad no tengo por qué confiar excesivamente. Y a fin de cuentas, los rusos ofrecen quince millones de rublos por mi cabeza, y los chinos cinco millones de dólares…

—Seis —sonrió el hombre—. Su cotización está en alza después

de lo de Tegucigalpa.

—Oh… ¡Formidable! Bien: ¿de qué se trata?

El visitante sacó un sobre del bolsillo y lo depositó sobre la mesa. Brigitte lo tomó, lo abrió y sacó las fotografías en colores de dos hombres, en varias tomas y perfiles. Uno de ellos parecía tener algo más de cuarenta años, era bastante calvo, mirada inteligente y apacible, aspecto saludable, rollizo… Uno de esos sujetos en los que nadie pensaría como espía profesional. El otro era unos diez años más joven, cabellos rojizos, mirada viva, chispeante, rostro anguloso y fuerte, boca grande que parecía siempre dispuesta a la sonrisa.

Brigitte miró todas las fotos, asintió con la cabeza, y las volvió a meter en el sobre, que devolvió al consejero de la CIA.

—Al de más edad, le llamaremos simplemente Simón —sonrió de nuevo el consejero—. Al otro, podemos llamarle Roy Devine.

—¿El otro no es de los nuestros?

—Sí. Sí lo es… O lo era —murmuró el visitante.

Una ligera palidez se extendió por las facciones de Brigitte.

—¿Ha muerto? —susurró.

—No lo sabemos. Por el momento, digamos que ha desaparecido, pero, desde luego, tememos mucho que Roy Devine, o sea, uno de sus queridos Simones, haya sido asesinado.

—¿Dónde?

—Según todos nuestros cálculos, en Barcelona, España. No ha podido ser de otro modo, salvo que hayan ocurrido muchas cosas completamente fuera de nuestro control… Pero voy a empezar por el principio: Roy Devine, cuya residencia de operaciones era Hamburgo, desaparece de pronto de esta ciudad alemana. Durante tres días, no se sabe nada de él… Absolutamente nada. De pronto, nuestros residentes en París reciben una llamada por radio de él… Como, obviamente, todos le estaban buscando, intentan realizar el contacto personal, a fin de, si necesita ayuda, proporcionársela… Pero Roy Devine dice que no, que considera peligroso ese contacto, y se limita a decir que piensa salir hacia Barcelona, siempre y cuando le faciliten la dirección de nuestro residente de allá…

—Ese residente de Barcelona… ¿es el calvo gordito?

—En efecto. Veamos… Nuestro residente-jefe de París se niega en principio a facilitar esa información a Roy Devine, y le insiste

para el contacto personal, asegurándole que cualquier clase de ayuda que precise, ellos mismos pueden proporcionársela. La respuesta de Roy Devine es que, si ellos entran en contacto con él en París, sólo van a perjudicarlo… y perjudicarse ellos a la vez, ya que, dada la importancia de lo que él ha conseguido, cientos de agentes secretos tienen que estar esperando que los residentes de la CIA en toda Europa se muevan, se comuniquen con él… Si tal cosa sucede, todo puede ponerse muy mal para todos. Así que lo que él quiere es que: primero, le faciliten la dirección del residente de Barcelona, no de Madrid, donde están nuestras cosas más centralizadas; segundo, que algunos de los agentes nuestros en París se movilicen como si se dispusieran a recoger a alguien que va a llegar a la capital francesa por el aeropuerto de Le Bourget. Como las intenciones de Roy Devine están bien claras entonces tres de los nuestros en París se dirigen, digamos que… misteriosamente, hacia Le Bourget. Allí, hacen una sentada de varias horas, sabiendo que están siendo observados. Luego, regresan a París. No ha pasado nada… salvo que Roy Devine, lógicamente, ha podido tomar un avión en Orly, con destino en Barcelona. A tal fin, según sus propias explicaciones a nuestro residente-jefe de París, le ha enviado al residente de Barcelona un telegrama en clave, para que le espere a su llegada a dicha ciudad española el día diez a las once de la noche. Con el fin de asegurarse de la intervención de apoyo del agente de Barcelona, nuestro residente-jefe de París le envía asimismo información al respecto, pero, claro, después que comprende que Roy Devine ha salido ya hacia Barcelona. Es, en realidad, un informe de… confirmación de personalidad de Roy Devine, para que el agente de Barcelona le ayude en lo que sea necesario… ¿Me he explicado bien?

—Creo que sí —parpadeó Brigitte—. Yo lo he entendido bien, al menos.

—Ah, pero usted es Baby…

—No hace falta ser genial para comprender esto.

—¿Eso cree usted? Bueno: ¿qué diría usted que ha pasado?

—No sé… Supongo que a pesar de todas estas precauciones, Roy Devine no consiguió llegar a Barcelona… Aunque eso nos lo podrá explicar, sin duda, Simón-Barcelona… ¿No le parece?

—Digamos que Roy Devine ha desaparecido entre Orly y el

Aeropuerto Muntadas, de Barcelona. Mientras tanto, Simón-Barcelona, como usted le llama, dice que no sabe nada, porque… ¿De verdad le gustaría saber el por qué?

—Claro… Por supuesto.

—Muy bien —el visitante sonrió secamente—. Simón-Barcelona no sabe nada de nada porque, al recibir el mensaje de Roy Devine y descifrarlo, él entendió que Devine llegaría a Barcelona el día once a las diez de la noche, no el día diez a las once de la noche.

La espía más peligrosa del mundo se quedó boquiabierta.

—Santo Dios —murmuró por fin—. ¿Supongo que no está usted bromeando?

—Desdichadamente, no.

—Es increíble… ¿Qué clase de espía es ese hombre? ¿Cómo ha podido cometer semejante fallo? ¿Cómo…?

—He traído una fotocopia de su ficha, porque la misma pregunta que se hace usted nos la hicimos nosotros. Y nosotros no hemos encontrado una respuesta… Quizá usted consiga definir qué clase de hombre tenemos en Barcelona.

De otro sobre sacó media docena de fotocopias, que tendió a la mejor espía del mundo. La cual, sin prisa alguna, se dedicó a leer todo el expediente del agente de la CIA en cuestión. La lectura, reposada y atenta, le llevó no menos de quince minutos, durante los cuales no se oyó el menor sonido en el despacho.

Cuando terminó, Brigitte se quedó mirando pensativamente, desconcertada también, al consejero de la CIA.

—He leído muy pocos expedientes como el de este hombre —susurró—. No es creíble que él haya cometido un fallo de esa índole, ¿verdad? A menos que algo en este expediente no esté bien.

—Nuestros expedientes, usted lo sabe, están siempre bien y al día.

Baby asintió con la cabeza y pasó a la última página, uno de cuyos párrafos volvió a leer detenidamente.

—Aquí dice que hace un par de años fue herido, por la espalda, en Viena. Y, al parecer, desde entonces ya no ha hecho nada importante… ¿Podemos pensar que tiene… miedo? Un miedo crónico, claro, no el lógico miedo que todos tenemos en determinado momento.

—Es posible.

—De todos modos, el miedo no justifica un error de transcripción de esa categoría, ¿verdad?

—Yo diría que no.

—Bien… ¿Qué cosa tan importante había conseguido Roy Devine para que le persiguieran por Europa «cientos» de agentes secretos?

—No lo sabemos. Hemos pensado que usted debería ir allá, recuperar lo que sea y, claro, encontrar a Roy Devine.

—Por este orden, desde luego —dijo acremente la espía.

—No necesariamente. Consideramos tan importante la vida de Roy Devine como la información que pudo conseguir.

—Ya… Por supuesto, saldré lo antes posible hacia Barcelona… ¡No me diga que me trae usted el pasaje!

—Nos hemos permitido ahorrarle esa pequeña molestia, en efecto —le tendió el consejero el pasaje—. Su avión sale a las seis de esta tarde, con destino en Madrid; allá, podrá enlazar con otro vuelo que, dado el cambio de horarios, la dejará, finalmente, en Barcelona a primeras horas de la mañana. Le diremos a nuestro hombre de allá que la espere en…

—No, no —respingó graciosamente ella—. ¡De ninguna manera! Caramba, no me gustaría que le dijesen que voy a llegar el día trece a las nueve de la mañana, y él acudiese a esperarme a las nueve de la mañana del día trece… del mes que viene, o a las trece horas del día nueve del mes pasado… Algo así.

—¿No va a recurrir a nuestro hombre?

—Eso sí. Tengo que hacerle muchas preguntas. Pero iré a verle a su domicilio, sin más.

—Su dirección en Barcelona…

—La he visto en el expediente.

—Claro. ¿Le parece que desplacemos algunos agentes de Madrid o París a Barcelona, por si usted necesitase una ayuda efectiva?

—Sé dónde conseguir ayuda en cualquier parte del mundo sin necesidad de movilizar a nadie hasta el momento preciso. Me las arreglaré.

—De eso no tenemos la menor duda. Señorita Montfort, ha sido un placer volver a verla.

Cuando el consejero se hubo marchado, Frank Minello apareció en el salón, fruncido el ceño.

—He tenido tiempo de desayunar cien veces —masculló—. ¿Quién era ese sujeto?

—Frankie —le miró socarronamente la espía—: ¿te gustaría esperarme en Barcelona?

Minello se quedó con la boca abierta.

—¡Ni hablar! —aulló—. ¡Zambomba, desde luego que no!

—Tú te lo pierdes. Dile a nuestro querido Miky Grogan que me disculpe… Pasaré a trabajar en el «Morning» cualquier día de estos.

—Conque te vas a Barcelona… ¿No es de allí de donde partió Cristóbal Colón con sus tres carabelas, la «Ninfa», la «Santa» y la «Niña María»?

—A eso le llamo yo ser un hombre culto —rió Brigitte—. Adiós, Frankie.

—¿Así… sin un besito?

Brigitte le besó en ambas mejillas y Minello salió de allí cantando y tambaleándose.

—Está medio loco —rió Peggy—. Además, no sabe ni lo que dice: ¿no se llamaban «Pinta», «Niña» y «Santa María», esas tres carabelas? ¡Y además, no salieron de Barcelona, sino del puerto de Palos…!

—Zambomba —dijo Brigitte—. O se equivoca Frankie o te equivocas tú, querida. Espero que Simón-Barcelona sepa aclararme eso, al menos.

Capítulo II

En el aeropuerto de Barcelona, la señorita Montfort alquiló un coche, en el cual hizo cargar su equipaje. Y, por fin, casi a las diez de la mañana, emprendía la última parte de su viaje. Muy pronto se dio cuenta de que, siguiendo la autopista llegaría en seguida a Barcelona, sin encontrar un lugar adecuado para sus propósitos, así que, a la primera oportunidad, volvió hacia atrás, pasó de largo por el desvío que conducía al aeropuerto y siguió hasta ver un camino que se adentraba entre espesos pinares. Por ahí sí encontró el lugar adecuado.

Detuvo el coche bajo unos pinos, recurrió a su maletín y a parte de su equipaje y, en seis o siete minutos, la metamorfosis se había realizado; en lugar de la bellísima morena de ojos azules llamada Brigitte Montfort, la señorita que emprendió el definitivo trayecto hacia Barcelona era una rubia de grandes ojos verdes en cuyo pasaporte figuraba el nombre de Lili Connors. Motivos básicos para esta caracterización: la agente Baby no se podía fiar, de ninguna manera, en un hombre que confundía los términos de un mensaje cifrado enviado por un compañero que, evidentemente, estaba en apuros.

Mirando los hoteles, restaurantes y *campings* que había a ambos lados de la autopista bordeada de pinos, pasó ahora bajo la carretera elevada que llevaba al aeropuerto y, finalmente, la gran recta de entrada a la ciudad apareció ante ella. En la Plaza de España pasó por la iluminada vía subterránea, apareció en la Avenida de José Antonio de nuevo… y ya no supo qué más hacer. Tuvo que detenerse en una esquina, consultar el plano de la ciudad adquirido en el aeropuerto y, de nuevo orientada, reemprender la marcha.

Tardó veinte minutos en llegar a la calle Ganduxer, pasó delante del número veintidós, echó un vistazo al edificio y siguió adelante

hasta encontrar un estacionamiento. Luego, a pie, tranquilamente, recorrió el camino de regreso, llevando el maletín rojo con florecillas azules en la mano izquierda. No necesitaba conocer la ciudad para comprender que se hallaba en una de las calles residenciales, muy bonita, con fresco arbolado…

En el número 22, un portero le salió al paso apenas apareció en el vestíbulo.

—¿Qué desea?

—Entiendo que vive aquí un señor americano que…

—Ah, sí; el señor «Cumins». Tercer piso, segunda puerta. ¿A quién anuncio?

—Lili Connors. Por favor, dígale que acabo de llegar de Estados Unidos.

—¿La espera él? Porque me parece que no está…

—Pruebe, por favor.

Hubo mala suerte. El señor «Cumins» no estaba. La señorita Lili Connors dio las gracias al portero, salió del edificio y regresó a su coche. Inconvenientes de no avisar su llegada. Era de esperar, al menos, que el señor «Cumins» estuviese dedicado a provechosas investigaciones… Sonrió. Naturalmente, Simón-Barcelona debía llamarse Cummings…

Encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar. No podía hacer otra cosa.

* * *

El señor «Cumins» no apareció hasta la una y cuarto. La espía vio llegar el coche y lo identificó apenas se apeó. Estatura mediana, robusto y casi rollizo, bastante calvo, saludable, expresión inteligente y apacible…

«Pues no parece tan tonto —pensó Brigitte—. Claro que quizá me precipito al juzgarle: todos somos humanos y podemos cometer cualquier fallo, por grande que sea…».

Simón había entrado ya en el edificio y Brigitte se disponía ya a apearse para ir hacia allá, cuando apareció el otro coche. A marcha lenta, pasó por delante del número veintidós de la calle Ganduxer, mientras el conductor, distraídamente, miraba por la ventanilla hacia el edificio…

Los ojos de la espía se entornaron.

«¿Qué te parece, querida? —pensó—. Nada más llegar, y ya haces contacto…».

Por supuesto que no salió de su coche. El otro pasó, sin prisas, y Brigitte le dirigió una aguda mirada. Era lo que se define como un hombre guapo, de facciones viriles y simpáticas, boca grande y ojos oscuros… El coche siguió calle arriba, y segundos después la espía internacional ponía en marcha el suyo, refunfuñando porque el cambio de marchas no era automático.

Calle arriba los dos. Giró a la derecha. De nuevo hacia abajo por una calle paralela a Ganduxer. El hombre guapo no volvió a pasar por ésta. Salió a una amplia avenida, de cuyo nombre Brigitte no tenía ni idea. En un par de minutos, se desorientó completamente, excepto en una cosa: todo el tiempo llevaba delante de ella el coche que conducía el hombre guapo.

Diez o doce minutos más tarde, el hombre guapo enfilaba la entrada de un *parking* subterráneo. Salió un par de minutos después y se dirigió hacia un hotel cercano sin tener la menor sospecha de que, desde dentro de un coche, alguien le estaba tomando fotografías con la microcámara de un encendedor.

Brigitte dirigió una mirada al nombre del hotel y sonrió: «Hotel Diplomatic».

—Pues a lo mejor —se dijo—, hay algunos diplomáticos en ese hotel, porque parece lujoso, pero lo seguro es que el muchacho guapo no es precisamente un diplomático…

—¡Guapa, a ver si circulas! —la increparon desde un coche.

Sonriendo de nuevo, la espía internacional puso la primera marcha y se alejó de allí.

* * *

Simón-Barcelona se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

—¿Es usted la señorita Lili Connors? —preguntó en español.

La visita que había pulsado el timbre asintió, mirando atentamente a su colega de espionaje.

—En efecto —dijo en inglés—. Aunque dude mucho que su portero haya sabido pronunciar adecuadamente el nombre. ¿Puedo pasar?

—Sí… Sí, claro. Por favor…

Simón-Barcelona estaba en mangas de camisa. Se puso la chaqueta, sonriendo como disculpándose. Brigitte miraba a su alrededor. Era un apartamento espacioso, soleado, bien amueblado… Muy bonito. Desde el ventanal del saloncito se veía la calle y la terraza adornada con flores y plantas.

—¿Vive usted solo?

—Sí, sí, desde luego. Mmm… Entiendo que viene usted de Estados Unidos, señorita Connors.

—Así es.

—Sí, así es… ¿Quizá me trae saludos de alguien, o…? Bien: ¿cuál es el objeto de…? Quiero decir…

—¿Realmente no supone usted a qué he venido?

—Pues no sé… No. Bueno, tengo bastantes amigos en Estados Unidos, y quizá me trae algún saludo, o algo…

Baby le contemplaba con incredulidad. ¿Aquel hombre era el magnífico espía que bien claramente se especificaba en su expediente? Por supuesto, tenía que apartar lo relacionado con su aspecto físico. No importaba que fuese más bien rollizo, calvo, con cara de buena persona casi insignificante, tímida… No, eso no importaba. Al contrario, era muy conveniente a cualquier espía tener tal aspecto. También solía ser conveniente parecer tonto… pero sin serlo, claro. Y aquel hombre parecía serlo… de verdad.

—¿Puedo sentarme?

—¿Eh? Oh, sí, naturalmente, perdóneme… Iba a tomar un aperitivo… ¿Le apetece?

—Lo tomaré, si usted lo toma —suspiró ella.

—Estupendo. Ha sido una mañana particularmente dura, se lo aseguro, y…

—Ah —brillaron los verdes ojos con súbito destello—. Espero que haya dado sus frutos. ¿Qué ha conseguido averiguar?

—¿Averiguar? —Se pasmó el espía.

—Sería desalentador que una mañana muy dura no nos ofreciese alguna recompensa, me parece a mí. Espero que usted haya conseguido algo.

—Pues no —negó Simón-Barcelona—. No he conseguido nada hoy: ni un solo cliente. Un desastre.

—¿Clientes? ¿De qué está usted hablando?

—Pues de mi trabajo, claro…

—¿Qué trabajo?

—¿No lo sabe usted? Vendo seguros. Normalmente, tengo éxito, pero esta mañana…

—Por el cielo —exclamó Lili Connors—. ¿Usted me está hablando de seguros?

—Cla-claro…

—Pues yo le estoy hablando de espionaje, Simón.

—Mi nombre es… ¿De…? ¡Dios mío! Ay, ay, ay… ¿La envía a usted la… la…?

La espía más peligrosa del mundo no sabía si echarse a reír o a llorar.

—¿Tiene usted micrófonos aquí? —preguntó.

—¿Mic…? Oh, no. ¡Claro que no!

—Entonces, dígalo todo bien claro: me envía la CIA, en efecto.

—Sí, ya he… Sí, eso es, claro… Mmm… Vaya, como no me han dicho nada de que —de pronto sus ojos se abrieron desmesuradamente—. Madre mía… ¿Me ha llamado usted… Simón?

—Me parece que sí.

Simón-Barcelona se dejó caer en un sillón delante de Brigitte y se quedó mirándola como alucinado.

—Pe-pero entonces, usted… usted es… es… es…

—Mary Poppins —dijo Brigitte.

—¡Sí, eso…! ¡No! —Respingó—. ¡Lo que yo quería decir es que usted es Baby!

—Me fascina su poder de deducción.

—¿Qué?

—¡Qué no soy Mary Poppins, sino Baby, en efecto!

—Oh, ya lo he comprendido, ya…

Brigitte soltó un resoplido.

—Por el amor de Dios —suplicó—, cálmese, concéntrese en algo que no sean seguros, tomemos ese aperitivo y luego quizá podamos hablar de espionaje… ¿Le parece bien?

Simón-Barcelona asintió con la cabeza, se puso en pie y fue a la cocina. Regresó con cubitos de hielo, sirvió aperitivo en dos vasos y tendió uno a la espía, que hizo lo posible por sonreír.

—¿Está más tranquilo ahora? —preguntó.

—Sí, sí, muy tranquilo.

—Estupendo —Brigitte bebió un sorbito—. ¿Ha conseguido saber algo de Roy Devine?

—Pues… no. Bueno, ¿cómo podía saber algo de él? No llegó, eso es todo, así que…

—Se ha dedicado usted a vender seguros.

—Es que… Bueno, yo estoy aquí, en España, como agente de seguros de una compañía americana que…

—Simón: no pienso hacerme ningún seguro. Ni de vida ni de nada. ¿De verdad se ha dedicado a su trabajo de cobertura mientras la CIA de toda Europa y, al parecer, cientos de agentes secretos de varias nacionalidades están buscando a Roy Devine?

—Algo tenía que hacer, ¿no? Además, como nadie me ha dicho nada, ni me han dado instrucciones, yo pensaba que… que habían encargado de todo esto a otros agentes, y que se me dejaba al margen.

—Pero hombre… ¿cómo se le va a dejar a usted al margen de un asunto como este? ¿No fue a usted a quien Roy Devine envió un mensaje diciéndole que le esperase en el aeropuerto?

—Sí, pero como no llegó… Es que al descifrar el mensaje, yo me… Bueno…

—Conozco esa historia. Sin embargo, usted debió hacer algo cuando recibió el segundo mensaje desde París, enviado por el jefe-residente de allá, ¿no es así?

—Sí. Bueno, verá… Primero recibí el mensaje de Roy Devine, pero como interpreté que llegaría al día siguiente, pues… no hice nada, claro. Horas después, recibí el otro mensaje, desde París también, en efecto. Cuando comprendí que había cometido ese… extraño error, ya no había tiempo de ir a esperar a Devine…

—¿A qué hora recibió usted el segundo mensaje?

—Serían… las tres de la mañana. Llegó por el servicio de urgencia. Le aseguro que quedé anonadado… Y no crea que me volví a la cama, no… Me fui al aeropuerto… pero, claro, ya no tuve tiempo de nada. No sé nada de nada.

—Sabrá, al menos, si Roy Devine llegó en el vuelo que le anunciaba.

—¿Cómo habría de saber eso? —Se pasmó el espía.

—Un sistema bastante sencillo y razonable sería interesarse por

las listas de pasajeros de ese vuelo: si constaba en esas listas el nombre de Roy Devine, podemos también saber si, finalmente, tomó o no tomó el vuelo.

—Ah…

—¿No se le ocurrió esto?

—Pues… no. Bueno…

—Seamos consecuentes —se armó de paciencia la espía internacional—. Lo primero que tenemos que averiguar es eso, pues no vamos a estar perdiendo el tiempo en Barcelona si Devine no salió de París… ¿Correcto?

—Sí, claro; correcto.

—¿Puede conseguir esas listas de pasajeros?

—Espero que sí.

—Pues va a dedicarse a eso. Si Roy Devine no llegó a Barcelona, yo saldré hacia París de inmediato, y usted podrá seguir vendiendo seguros. Pero si Devine llegó a Barcelona, tendremos que buscarle.

—¿En Barcelona? Oiga, esta es una ciudad que con sus barrios periféricos cuenta con tres millones de habitantes. Buscar a un hombre cuyo rostro ni siquiera conocemos…

—¿Cómo puede decir tantas estupideces? —Se irritó por fin Baby—. ¿Acaso piensa que vamos a salir a la calle buscando cara por cara a Roy Devine?

—¿Pues de qué otro modo?

—¡Vamos…! ¿Está seguro de que usted es el agente de la CIA cuyo expediente he tenido el asombro de leer no hace mucho en Estados Unidos?

El gesto de Simón se nubló.

—¿Ha leído usted mi expediente? —susurró.

—Sí. Y le aseguro que no entiendo esto muy bien. Usted fue siempre un espía eficacísimo, y ahora, en cambio, parece un cretino. ¿Qué le ocurre? ¿Está enfermo, o tiene alguna clase de problema mental, físico, moral…?

Simón-Barcelona estuvo unos segundos mirando fijamente a Baby. De pronto, bajó la cabeza, y eso fue todo. Ni una palabra. Brigitte ladeó la cabeza, entornó los ojos, y durante lo que pareció una eternidad, estuvo escrutando aquel rostro rubicundo, ahora sombrío.

—Simón —murmuró dulcemente—: ¿tiene algún problema

especial?

—No… No.

—Quizá yo podría ayudarle. ¿Tiene… miedo? El espía alzó la cabeza alarmado y, por un instante Baby captó el brillo de rebeldía en sus ojos. Un destello que le pareció casi feroz… pero sólo un instante.

—Sí —dijo Simón—. Un poco, lo reconozco.

La espía se dedicó a beber, sin dejar de mirarle. Simón le estaba mintiendo, tenía la completa seguridad de eso. O ella aún no había aprendido nada en la vida, o Simón le estaba mintiendo; no tenía miedo, no temía a nada ni a nadie.

—Bueno —murmuró—. Todos tenemos un poco de miedo en muchas ocasiones. Es cosa que podemos superar los profesionales de nuestro juego, Simón.

—No es fácil para mí conseguir esa superación. —Veremos qué se puede hacer al respecto. ¿Cree que está en condiciones de dedicarse a conseguir esas listas de pasajeros?

—Sí, claro… Eso sí.

—Bien. Ah, otra cosa: quisiera que se interesase por un coche cuya matrícula es B 453126… Imagino que no tendrá usted dificultades para saber quién es el propietario de ese coche.

—Tampoco creo que eso sea difícil. ¿Por qué se interesa por ese coche?

—Me pareció que me seguía desde el aeropuerto —mintió Baby —. Seguramente, estoy equivocada, claro, pero nunca está de más ser precavida, ¿no le parece?

—Ya sé que a usted le gusta trabajar siempre con las máximas garantías.

—Garantías que yo misma me procuro: no acostumbro a molestar mucho a mis compañeros.

—No he querido decir…

—Está bien. ¿Cuándo podrá decirme algo sobre esos dos encargos?

—Lo del aeropuerto será fácil. Lo del coche quizá tarde algo más, porque tengo entendido que en ese negociado sólo atienden por las mañanas. Haré lo que pueda.

—Lo supongo. Bien, creo que voy a buscar un hotel, ahora… Me han hablado de uno llamado «Diplomatic»… ¿Qué tal es?

—Está en la Vía Layetana… Sí, es de los mejores.
—Eso me agrada. Le llamaré hacia las cinco, porque he dormido poco, por no decir nada, debido al viaje, y creo que haré una pequeña siesta…
—¿Tengo que estar aquí a las cinco, entonces? —Vamos, vamos, Simón… ¿No tiene usted radio de bolsillo?
—Ah, sí.
Brigitte movió la cabeza con gesto de pesar.
—A las cinco procure estar en un sitio donde pueda atender la llamada. Una última cosa: ¿conserva el telegrama que le envió Roy Devine desde París?
—Claro que no.
—Claro… Supongo que aparte de su día y hora de llegada, Devine le decía algo más… ¿Lo recuerda?
—No… No decía nada más.
—¿No mencionaba qué es lo que había conseguido?
—No.
—Piénselo bien… Quizá mencionaba en clave la palabra «microfilme», «documentos», «fórmulas» «tácticas»… ¿No?
—No. No decía nada de eso. Sólo las instrucciones para que fuese a recibirlo… y ya ve cómo lo hice.
—Lo encontraremos —susurró la espía más astuta del mundo—. Tanto si llegó a Barcelona como si no logró salir de París, lo encontraremos; se lo aseguro.
Simón-Barcelona bajó de nuevo la cabeza.
—Ojalá —murmuró.
Ella recogió su maletín, saludó con la mano y se dirigió a la puerta. Simón se puso en pie rápidamente, pero Brigitte negó con un gesto.
—Encontraré la puerta —aseguró.
Dos minutos más tarde, estaba de nuevo en su coche. Se quedó ante el volante, pensativa, fruncido el ceño. Desde luego, había algo raro en todo aquello. Muy raro. En realidad… ¿qué clase de hombre era Simón-Barcelona? Un cobarde, no, tenía la plena certeza de ello. ¿Un tonto? Tampoco parecía eso aceptable, desde luego. Un hombre no se vuelve tonto de un año para otro. Si es tonto, lo es siempre, y si es listo, también lo es siempre. Salvo, claro, contratiempos de tipo mental, o algo parecido… ¿Tenía dificultades mentales, psíquicas,

un hombre que representaba en una ciudad como Barcelona a una compañía de seguros norteamericana… y a la CIA?

Súbitamente decidida, sacó su radio del maletín y efectuó la llamada. No le sorprendió demasiado que Simón-Barcelona no contestase, porque debía tenerla en cualquier cajón, olvidada… Y no era probable que se acordase de la radio hasta las cinco de la tarde. Por otro lado, no era de él de quien deseaba una respuesta, sino de Roy Devine.

Pero tampoco Roy Devine contestó. La radio de Baby estuvo llamando durante más de dos minutos, sin obtener respuesta. Lo cual podía significar tres cosas: una, que Roy Devine no había salido de París; dos, que llegó a Barcelona pero que no colocó su radio en la onda establecida para aquella zona, quizá porque la ignoraba; tres, que había salido de París, que conocía la onda radial de Barcelona… pero no podía contestar, porque lo habían matado…

Brigitte tragó saliva al pensar esto.

—Quizá lo tengan prisionero —intentó convencerse a sí misma.

Guardó la radio y puso el coche en marcha, tras una última mirada hacia la terraza de Simón-Barcelona.

Mirada que ocasionó un sobresalto al espía, y le hizo retroceder hacia atrás. Cuando, por fin, volvió a mirar por un lado de los blancos visillos, el coche de Baby había desaparecido.

Entonces, Simón-Barcelona se acercó a un cuadro, lo movió y dejó al descubierto el pequeño micrófono magnético. Acercó la boca a él y susurró:

—Ya se ha marchado. Ha alquilado un coche y piensa alojarse en el «Hotel Diplomatic».

Colocó el cuadro en su sitio, encendió un cigarrillo y fue a sentarse delante de la mesita redonda donde estaba el teléfono. Muy poco después, sonaba el timbre de éste y Simón-Barcelona descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Buen trabajo, Albert —oyó la voz del hombre, en inglés—. Sigue así y no te preocupes por nada. En cuanto al micrófono, por el momento, será mejor que lo retires: ya ha cumplido su cometido.

—¿Lo habéis oído todo bien?

—Perfectamente. ¿Has dicho el «Diplomatic»? —Sí. ¿Qué pensáis hacer?

—Tú sigue con lo tuyo y no pienses en nada más. Haz todo lo que ella te diga, pero mucho cuidado con lo que dices tú: no olvides que estás tratando con Baby. Un solo fallo por tu parte, y ella se dará cuenta. Recuérdalo en todo momento: es Baby.

—No es fácil olvidar eso… Por cierto: ¿la habéis visto?

—No, no… De ninguna manera nos conviene acercarnos a ella. Hemos permanecido alejados de tu domicilio… por el momento.

—¿Qué quieres decir con eso de por el momento?

—Hemos recibido noticias de París: al parecer, algunos agentes rusos se han desplazado a Barcelona… No es seguro, pero, por si acaso, a partir de ahora estaremos cerca de ti, por si llegases a necesitarnos. Tanto por si apareciese Roy Devine para hacer contacto contigo, cosa que no podemos descartar, como por si esos rusos, que muy posiblemente tengan noticias de la existencia de un agente de la CIA en Barcelona, intentasen algo contra ti.

—Ya entiendo.

—¿Estás asustado?

—No digas tonterías.

—Magnífico. Y volviendo a Baby… ¿qué aspecto tiene esta vez?

—¿Esta vez? ¿Qué quieres decir?

—Tú dime qué aspecto tiene y entonces te contestaré.

—Bueno… Puedo describírtela con pocas palabras: es una espléndida rubia de ojos verdes.

—Estupendo —se oyó la risa del otro—. Lo que quería decir es que ese es uno de sus muchos aspectos.

—¿Va disfrazada?

—Por supuesto.

—Pues es una artista —sonrió Simón-Barcelona.

—En todos los aspectos —aseguró el otro—. No lo olvides, Albert. Y no olvides tampoco que si Roy Devine consiguiese hacer contacto contigo tienes que avisarnos inmediatamente; nosotros nos encargaremos de él.

—Está bien.

—Adiós, Albert.

—Adiós.

Albert Cummings, alias Simón-Barcelona, colgó el auricular y sonrió con sorprendente dureza. Luego, quedó pensativo unos segundos y, por fin, fue a su dormitorio. Se desnudó de cintura para

arriba y abrió el armario, en busca de una camisa limpia. Mientras se la ponía, miró el impermeable, todavía húmedo y volvió a sonreír.

Acabó de vestirse, cerró el armario y salió del dormitorio, con paso decidido.

Lo mejor era obedecer con la máxima rapidez y eficacia las instrucciones de Baby. Tampoco había que pasarse de tonto, qué caramba…

Capítulo III

A las cinco menos cuarto de la tarde, la señorita Lili Connors bajó al vestíbulo del hotel y se acercó a la conserjería, donde el encargado de ésta la contemplaba de nuevo atónito… ¿Era posible semejante belleza? ¡Aquellas chicas americanas…! Claro que las suecas y las alemanas tampoco estaban nada mal… Y algunas francesas. Las que no le gustaban ni así eran las inglesas. En general, claro, porque algunas inglesas estaban de rechupete. Y en cambio, algunas suecas daban pena verlas…

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita Connors. Ya hemos cumplido su encargo.

Le tendió un sobre que tenía en su casillero, y la señorita Connors sonrió agradecida.

—Son ustedes muy amables —dijo con su fortísimo acento nasal, pero hablando aceptablemente el español—. ¿Tengo que pagar ahora, o…?

—Lo pondremos en su nota.

Ella abrió el sobre, sacó las fotografías y sonrió al ver en ellas al hombre guapo entrando en el «Hotel Diplomatic», saliendo del aparcamiento subterráneo, caminando por la acera…

—Las han hecho muy pronto… Espero no haberle causado demasiadas molestias.

—No, no… Enviamos a un botones a la calle Pelayo. Allá revelan fotografías en pocos minutos. Es nuestro deseo haberla servido a su gusto, señorita Connors.

—Oh, sí… ¡Mucho! ¿Podría usted cambiarme unos cuantos dólares por pesetas?

—Desde luego.

Finalizada la operación, la señorita Connors dejó sobre el mostrador un billete de quinientas pesetas, sonriendo.

—Para el botones… ¿Está bien?

—Ya lo creo —exclamó el conserje.

—Quisiera ahora ir al «Hotel Diplomatic», para gastarle esta broma a mi amigo —mostró el sobre con las fotografías—. Pero no conozco bien Barcelona. ¿Será complicado ir allá?

—En absoluto. Estamos en la calle Mallorca; sólo tiene que seguirla hacia los números altos y llegará a la Vía Layetana; baje por ella, y después de cruzar la Gran Vía lo verá, a la izquierda… me parece que dos o tres calles más abajo.

—Muchas gracias.

La señorita Connors salió del «Hotel Roma», fue en busca de su coche, salió a la calle y siguiendo las indicaciones del conserje, encontró la ubicación del «Hotel Diplomatic» sin la menor dificultad. Imposible estacionarse por allí, de modo que sin vacilar entró en el *parking* donde antes había dejado su coche el hombre guapo. Recogió el billete de la máquina, buscó el coche B 453126 y, en efecto, lo encontró.

«Es muy tranquilo ese apuesto caballero —pensó mientras estacionaba su coche bastante cerca del otro—. Demasiado tranquilo. En mi opinión, dicha tranquilidad sólo puede tener una justificación: mientras él descansa, otro u otros hombres se dedican a vigilar a Simón. O sea, que no está solo». Miró su relojito y frunció el ceño. Pasaban casi cinco minutos de las cinco y a ella le gustaba ser siempre muy puntual. Sacó la radio del maletín y abrió el canal.

—¿Simón? —murmuró.

—Empezaba a preocuparme. Usted dijo…

—Perdone este pequeño retraso. ¿Ha conseguido algo?

—Todo.

—Espléndido. Lo primero: ¿llegó Roy Devine a Barcelona?

—Sí.

—Vaya… Bien, eso significa que algo le ha ocurrido, ya no podemos dudarlo. De otro modo, puesto que conoce la dirección de usted, le habría visitado o llamado por teléfono…

—Sí… Eso parece lo lógico, desde luego.

—¿Qué me dice del coche cuya matrícula le informé?

—Es de alquiler. Lo alquilaron ayer mismo, a un hombre llamado Alexander Somerset, inglés, y que —la voz de Simón se

tensó un instante— está alojado en el «Hotel Diplomatic».

—Oh… Curiosa coincidencia, ¿verdad?

—Demasiado curiosa… y demasiado coincidencia. Tengo la esperanza de que usted sepa lo que está haciendo, Baby.

—No le comprendo, Simón.

—Tengo la seguridad de que ese inglés llamado Alexander Somerset no es de los nuestros, pues, de ser así, usted lo sabría, y yo no habría tenido que investigar nada. Eso implica que es del bando opuesto, sea cual sea ese bando. En potencia, ese Somerset es, cuando menos, un rival… No sé cómo lo ha localizado usted, pero sí sé que deberá tener mucho cuidado. Estando ambos en el mismo hotel…

—Tranquilícese, sé cuidarme.

—Eso tengo entendido. Bien… ¿qué más hacemos ahora?

—Usted, nada. Quédese ahí y espere… No me parece inteligente perder la esperanza de que Roy Devine solucione sus problemas y vaya a visitarle o le llame. No se mueva de su apartamento… Ni siquiera para vender seguros. ¿Está claro?

—Sí.

—Nada más. Seguiré en contacto con usted siempre que sea oportuno. Adiós, Simón.

Cerró la radio, la guardó y volvió a mirar su relojito.

No podía hacer otra cosa salvo esperar.

* * *

Apenas cerrar la radio, Simón-Barcelona se acercó al cuadro, lo apartó y susurró delante del pequeño micrófono:

—Ya habéis oído. Tengo que quedarme aquí… Y no he conseguido que me diga nada.

Volvió a colocar el cuadro en su sitio y se sentó delante del teléfono, que sonó muy pronto.

—¿Sí?

—Ella no está alojada en el «Hotel Diplomatic», Albert.

—¿Cómo? ¡Pero si me ha dicho…!

—No está en ese hotel, nos hemos asegurado.

—Pues… Bueno, no entiendo… ¿En cuál está?

—Vete al demonio… ¿Cómo quieres que sepamos eso? ¡Ya te

dije que no era fácil tratar con ella! Haz todo lo que te diga, simplemente. Nosotros intentaremos controlar todo lo demás.

—De acuerdo… Lo que no entiendo es por qué me ha engañado…

—¿Por qué no se lo preguntas? —dijo sarcásticamente el otro.

Simón-Barcelona no tuvo tiempo de dar réplica alguna, pues su comunicante cortó. Colgó él también, y se quedó mirando hoscamente el teléfono. Esta era la pregunta: ¿por qué ella había mantenido el engaño con él? Si no había encontrado alojamiento en el «Diplomatic», podía habérselo dicho, en lugar de dejarle creer que estaba en dicho hotel.

—Desconfía de mí —susurró Simón-Barcelona—. No puede ser por otro motivo. Pero, ¿en qué sentido desconfía? ¿Qué puede saber o intuir ella? Quizá debería decirle la verdad antes de que ella la descubra… Dicen que es diabólica, pero… no puede serlo tanto. No puede saberlo… supongo. Y por otra parte, yo tampoco puedo confiar plenamente en ella, en todo lo que dicen sobre su modo de ser y de actuar… No, no, no… Esperaré.

* * *

La espera de la señorita Lili Connors terminó a las seis menos cuarto. A esa hora, el guapo caballero llamado Alexander Somerset apareció en el estacionamiento, se metió en su coche y salió.

A los pocos segundos, la bellísima rubia salió tras él. Lo vio a la derecha y luego girar a la izquierda, hacia la parte alta de la ciudad. Siempre tras él, llegaron a una ancha avenida con calzadas laterales, con muchos árboles, dos paseos, flores. La circulación era en verdad intensa. Al llegar allí, Alexander Somerset giró a la izquierda, enfilando aquella avenida. Lili Connors supo cuál era al ver poco después una placa: Avenida del Generalísimo Franco.

Recta aquella avenida. Una gran plaza circular, con jardín y estanque en el centro; césped, flores, árboles… También vio otra placa: Plaza de Calvo Sotelo… Luego, seguía la avenida, larguísima, elevándose suavemente. A Madrid, a Lérida, a Tarragona. Alexander Somerset giró a la derecha a la primera oportunidad y muy poco después se detenía. Desde su coche, Lili Connors estuvo a punto de echarse a reír cuando, tras encender la luz interior del coche, el

inglés se dedicó a examinar lo que, evidentemente, era un plano de la ciudad.

«Amiguito, estamos iguales —pensó la divina espía—. Pero tu amabilidad me evita tener que ir molestándome yo en saber dónde estamos».

Dos minutos después, el inglés proseguía la marcha. Y sólo cinco más tarde, la espía que iba tras él alzaba las cejas en un levísimo gesto de sorpresa, al ver cómo Somerset enfilaba la calle Ganduxer. «Bueno —reflexionó—, ¿por qué me sorprendo? Esto confirma mi teoría: ha descansado y viene a relevar a su compañero… Cambio de turno, eso es todo».

Miró hacia la terraza de Simón-Barcelona y vio luz. Ya era noche cerrada. Luego, miró por el retrovisor, hacia el coche que, poco antes, le había parecido que iba tras ella. Pero no debía ser así, porque aquel coche estacionó en seguida y las luces se apagaron.

Volvió a mirar hacia el coche de Somerset. Le vio lanzar dos destellos de luz… Un poco más adelante, las luces de posición de otro coche se encendieron. De inmediato el intermitente de la derecha comenzó a funcionar; aquel coche salía. Somerset se quedó por detrás, esperó a que aquel coche saliera y estacionó el suyo. O era un relevo muy descarado o una simple casualidad.

«Como sé dónde vas a estar tú, me entretendré siguiendo a ese otro coche —pensó Baby—. Si me equivoco, lo único que habré conseguido será conocer un poco esta ciudad… que ya es algo».

* * *

Simón Barcelona respingó cuando sonó el teléfono, pero atendió en seguida la llamada.

—¿Sí?

—Albert, ese tipo, el inglés que nos dijiste que está en el «Diplomatic», está ahora abajo.

—¿Me vigila a mí?

—¿A quién, si no? Conseguimos otro coche, y uno de nosotros se dedicó a vigilar su hotel. Entró en un *parking* y salió con ese coche que Baby te ordenó localizar. Lo hemos seguido hasta aquí… Adivina quién más le ha seguido, desde el mismísimo *parking*.

—¿Ella?

—Exactamente. Pasó junto a él cuando aparcaba. Creímos que iba a aparcar ella también, o a dar la vuelta a la manzana… pero hace ya rato de eso y no la hemos vuelto a ver.

—¿Quieres decir que después de seguir hasta aquí a ese inglés, ella se ha ido?

—Sí.

—Eso no parece muy razonable, ¿verdad?

—Si encuentras a alguien capaz de saber lo que Baby considera razonable o no razonable, le regalaré un millón de dólares. Supongo que no te ha llamado por la radio.

—Lo habríais oído.

—Claro. Bien… No sé. Esperaremos; ella tiene que dar señales de vida en un momento u otro.

* * *

Esta vez sonó el timbre de la puerta, sobresaltando de nuevo a Simón-Barcelona. Tomó la pistola que había colocado bajo los almohadones del sofá y fue hacia allí.

—¿Quién es?

—Lili.

Conteniendo una exclamación, Simón abrió la puerta. Ella entró tranquilamente, sonriendo.

—¿Todo va bien? —preguntó.

—Pues… sí. Bueno, igual que antes…

—Estupendo. ¿Qué tiene para beber?

—Cerveza, *whisky*, coñac, anís…

—Mmm… Cerveza. Tengo bastante sed.

—Muy bien.

Entraron los dos al saloncito, ella se sentó y Simón fue a buscar la cerveza. La espía bebió un sorbito, arrugó la naricilla un instante y bebió otro trago, más largo.

—No es demasiado buena, la verdad. ¿Le dice a usted algo esta dirección?

Le tendió una hojita de papel y Simón leyó lo escrito. Movió negativamente la cabeza, como perplejo. De un cajón, sacó un pequeño libro-guía y se dedicó a examinarlo. Por fin, alzó la cabeza.

—Es una calle de Vallvidrera.

—¿Y eso qué es?

—Una localidad situada en el Tibidabo. Es ese monte que se ve prácticamente desde toda la ciudad. Hay un parque de atracciones y una gran antena de televisión… Se ve muy bien.

—Sí, sí, lo he visto… Zambomba, como diría un amigo mío, ¡no es nada fácil llegar allá arriba!

—Hay otro camino mejor, al otro lado de la montaña —sonrió Simón… ¿Qué pasa con esta dirección?

Lili Connors no contestó, de momento. Se quedó pensativa, bebiendo traguitos de cerveza. De pronto, dijo:

—¿Sabe usted que tiene una sombra, Simón?

—No… No lo sabía.

—Está abajo, en el coche que le hice localizar. Me refiero, naturalmente, a Alexander Somerset.

—Ah, ya… ¿Quién es él, qué sabe usted sobre ese inglés?

Ella movió negativamente la cabeza.

—No creo que sea inglés. Lo más probable es que sea ruso.

—¿Por qué piensa eso?

—Todavía no he visto a ningún inglés que no tenga tendencia a conducir por la izquierda. Estuve siguiendo a Somerset y no tuvo el menor fallo en ese sentido. Ni siquiera en momentos en que el fallo era disculpable. No. No es inglés. Ruso, quizá.

Simón se pasó la lengua por los labios.

—Muy bien —musitó—. ¿De dónde lo ha sacado usted?

—¿A Somerset? Llegó esta mañana detrás de usted, yo le seguí y luego volví aquí.

—¿Y después fue a alojarse en el «Hotel Diplomatic» para vigilarlo mejor?

Lili Connors entornó un instante los ojos.

—En efecto.

—Ya. Bueno… ¿y esta dirección? ¿Qué significa? ¿Acaso el inglés o ruso ha estado ahí?

—No. El no.

—¿Quién, entonces?

—Hace calor aquí, ¿no cree?

—¿Calor?

—Yo diría que sí —sonrió la espía.

—Es posible que haga un poco… Hemos tenido un verano

bastante birria y ahora, en octubre, parece que el tiempo quiere compensarnos un poco.

—Yo tengo calor —dijo Lili, poniéndose en pie—. Vamos a abrir ese balcón.

Antes de que el atónito Simón pudiese reaccionar, Lili Connors había abierto la doble cristalera y salía a la terraza. El hombre de la CIA en Barcelona saltó hacia allí y se colocó a un lado, pálido.

—¿Qué hace? —Casi gritó—. ¡Vuelva adentro!

—Necesitaba un poco de…

—¿Está loca? ¡Vuelva! ¡La va a ver ese hombre!

—¿Cuál hombre?

—¡Mi sombra, ese Somerset…!

—Oh… No, no creo que desde la calle pueda ver…

—¡Ya lo creo que puede verla!

—En ese caso, ya no tiene remedio —suspiró la espía más astuta del mundo—. Y como a usted evidentemente, lo conoce muy bien, nada perderemos. ¿Tiene un cigarrillo?

Simón-Barcelona salió a la terraza, crispado e rostro en una mueca de desconcierto… y desconfianza Encendió un cigarrillo a Brigitte, y pareen dispuesto a decir algo cuando ella señaló a lo lejos.

—¿Qué es aquello? Aquel lugar lleno de luce de colores.

—Montjuich —gruñó Simón—. El segundo monte famoso de esta ciudad. O el primero, según se mire.

—¿Y esas luces?

—Un parque de atracciones.

—¿Otro?

—Sí. Hay dos… Pero éste es mucho más moderno y más grande. El del Tibidabo se está quedando anticuado, aunque hay siempre gente que va allí, casi tradicionalmente. Por otra parte, está siempre abierto, mientras que las atracciones de Montjuich, en invierno…

—Parece muy bonito.

—No está mal. Está en la falda de una montaña. Arriba hay un castillo, una especie de fortaleza militar que hace tiempo convirtieron en museo. Se ruede visitar. Desde arriba se ve el mar, todo el puerto… y toda Barcelona.

—¿Y es un lugar… tranquilo?

—A ratos y a días.

—Por ejemplo, ahora.

—Ahora no creo que haya mucho público en las atracciones. En cuanto al castillo, sopla un vientecillo capaz de desanimar a cualquiera. Hay un restaurante en el castillo: puede usted estar cenando con Barcelona a sus pies.

—Que encantador… Debe estar muy concurrido, supongo.

—Ni mucho menos. En verano, sí, desde luego. En invierno hay mucha más calma. Allí sólo va quien quiere ir allí, no es lugar de paso. Y en invierno hay lugares más confortables. No hablo por el restaurante en sí, sino por los alrededores; hay jardines, explanadas…

—¿Una especie de… parque discreto?

—Sí.

—¿Y por dónde se va?

—Oiga, ¿qué es lo que está tramando? —farfulló Simón—. No creo que esté aquí como una tonta, bien visible para cualquiera que pase por la calle, sólo para ver esas luces de colores. En cuanto a ir a cenar allá arriba… Dígame: ¿qué está tramando?

—Solamente cenar teniendo Barcelona a mis pies —sonrió la espía más peligrosa del mundo—. ¿Por dónde se va allá arriba?

—Vaya a la Plaza España, suba por la gran avenida en cuyo final y arriba se ve el Palacio Real, y llegará ante unas anchas escalinatas. Gire a la derecha; la llevará a la que conduce al parque de atracciones y al castillo.

—¿Hay noria?

—Sí.

—Hace tiempo que no subo en una noria. Adiós, Simón.

—Pero…

—¿No le parece bien que me divierta un poco?

—Mmm… ¿Divertirse? Escuche, no la entiendo —el espía entornó los ojos—. ¿Está segura de que usted es Baby?

—Al parecer, es usted quien empieza a dudarlo… Y me gustaría saber por qué.

—Tenemos a un compañero que, según todas las apariencias, está en dificultades, ¿no es así? Y, según todo lo que se cuenta de usted, esto no es precisamente algo que la deje indiferente… Sin embargo, en lugar de hacer algo… práctico, va a… divertirse. Mientras tanto, puede que a nuestro compañero Roy Devine lo

hayan matado… ¿Eso es propio de Baby?

—Yo diría que no —aceptó la divina espía—. Pero, Simón, yo tengo la seguridad de que Roy Devine está vivo. Sólo hay que saber esperar.

—Esperar… ¿qué? ¿Y cómo sabe usted que está vivo?

—Parece ser que no somos nosotros los únicos que lo estamos buscando, sino también, según mis deducciones, los rusos… Si lo buscan, es que no lo han encontrado. Y si no lo han encontrado es porque está vivo, quizá escondido en alguna parte, esperando el momento de poder llamarle a usted, o posiblemente, escapar de Barcelona… Pueden ser muchas cosas, pero… está vivo. Mientras esperamos acontecimientos, voy a ver si me distraigo un poco. Hasta luego.

Salió del piso y Simón-Barcelona, tras unos segundos de inmovilidad, se dejó caer en un sillón. Se llevó una mano a la frente y la notó fría y sudorosa.

«Sabe algo —pensó aterrado—. Ella sabe algo, debo haber cometido algún fallo… Pero no es posible; lo he hecho todo muy bien, estoy seguro…».

La idea de confiar en Baby pasó de nuevo por la mente de Simón-Barcelona.

«¿Y si no es ella? ¿Y si han enviado a otra… para que me engañe? Además, aunque sea ella, seguro que orientará las cosas de acuerdo a los deseos de la Central, no a los míos. No puedo estar seguro de su reacción si le dijese la verdad… Me gustaría saber qué está pensando ella ahora…».

Abajo, en su coche, la señorita Lili Connors estaba pensando que, en cierto modo, la situación resultaba divertida. Acababa de salir de su estacionamiento junto al bordillo y una sola mirada por el espejo retrovisor fue suficiente para cerciorarse de que su plan estaba saliendo a la perfección; en efecto, Alexander Somerset la había visto en la terraza de Simón, luego la había visto salir del edificio, y ahora iba tras ella. Eso era lo divertido: cambio de turno en la persecución. Ahora le tocaba a ella ir mirando el plano de la ciudad para llegar desde allí a Montjuich… mientras el guapo caballero se limitaría a ir tras ella.

«Y te aseguro, colega —pensó Baby—, que no pienso hacer nada para que me pierdas de vista».

Capítulo IV

Desde luego, no la había perdido de vista ni un segundo. Ni ella a él, en realidad. Mientras viajaba en la gran noria iluminada, la mejor espía de todos los tiempos veía a Alexander Somerset, abajo, mirando con todo el disimulo posible hacia ella.

Él estaba junto al tiovivo, a prudente distancia. Siempre manteniendo una distancia prudente, desde que se alejaron de la calle Ganduxer hasta que, primero ella y luego él, obtuvieron los billetes de entrada al parque de atracciones.

Había luces por todas partes, se oían grititos histéricos de alegres jovencitas, todo parecía girar en torbellinos cegadores de luces de colores. La noria, en comparación con otras atracciones, como la rueca giratoria, la jaula, o la espeluznante «montaña rusa», resultaba plácida. La bajada era veloz, y era entonces cuando las jovencitas gritaban al notar aquel súbito vacío en el estómago… Vacío que la señorita Lili Connors no experimentaba en modo alguno, ciertamente: cuando se han realizado más de quinientos saltos en paracaídas, una noria es sólo una diversión simpática.

Después de la noria, subió al tiovivo… del cual, desde luego, se había alejado Alexander Somerset.

Y al bajar del tiovivo, Baby miró su relojito. Pareció hacer un cálculo de tiempo y luego se dirigió hacia la salida superior del parque de atracciones, delante de la cual, en el gran estacionamiento, había dejado su coche… Mientras subía la amplísima escalinata, se las arregló para mirar hacia atrás.

Naturalmente, Somerset seguía tras ella.

Se metió en su coche y emprendió la ascensión por la inclinada rampa hacia el castillo. Llegó arriba y se encontró en una pequeña explanada. El castillo tenía un foso, de modo que para llegar a él había que cruzar lo que se suponía un puente levadizo, pero que en la actualidad era un solidísimo paso hasta la gran entrada, que se

bifurcaba apenas entrar. Una flecha indicaba la subida obligatoria, hacia la izquierda. Subió por una rampa terrible y de pronto se encontró en otra explanada, ya en la primera azotea del castillo. Casi respingó al ver, en primer lugar, un imponente cañón… de otros tiempos, claro, junto al cual montaba guardia un soldado con bayoneta calada. Delante mismo, una barandilla metálica, ante la cual había algunos coches. Colocó el suyo en un hueco y sin necesidad de apearse, pudo ver el mar. Se apeó, se acercó a la barandilla y vio el puerto…

Detrás de ella, otro coche llegó y se detuvo bastante más atrás, en otra parte del desigual estacionamiento. A la luz de los faroles, mientras se volvía, de modo que vio dos cosas a la vez: al guapo Somerset, en su coche, y el restaurante al fondo de un paseo.

Se dirigió hacia allí y al pasar delante del, al parecer impávido soldado, oyó el susurro de éste.

—¡A mí la guardia, o deserto por esta rubia!

Conteniendo la risa, Baby siguió adelante, pasando junto al coche de Somerset, que se encogió en su asiento. Pasó delante de la entrada al museo, llegó al restaurante y subió algunos escalones. Entró, se dio cuenta de que estaban bien delimitadas las zonas del bar y del restaurante, y ocupó una silla en la primera, ante una mesa.

Uno de los camareros acudió a toda velocidad.

—¿Qué va a tomar?

—Cerveza… Pero alemana, si es posible. ¿Tienen?

—Si no tuviésemos, yo mismo iría a Alemania a buscársela.

Había cerveza alemana. De Munich, nada menos. Mientras bebía el primer sorbo, vislumbró un instante el rostro de Alexander Somerset a través de los cristales. Entonces, volvió a mirar su relojito.

Diez minutos más tarde, era perfectamente visible la preocupación de la bella señorita rubia. Para entonces, Alexander Somerset había tenido la desfachatez de entrar en el restaurante y sentarse a la barra del bar.

Por fin, la rubia se puso en pie, dejó un billete de cien pesetas sobre la mesa y se dirigió hacia el mostrador. Señaló el teléfono que había en un extremo.

—¿Puedo telefonear?

—Sí, señorita. ¿Quiere monedas sueltas?

—Sí, por favor.

Le dieron diez pequeñas monedas de peseta, se acercó al aparato, leyó las instrucciones y actuando de acuerdo con ellas marcó un número…

—¿Diga? —Oyó una voz femenina, desconocida.

—¿Puede ponerme con Stanley? —preguntó en inglés, con voz contenida, pero no tanto que no llegase hasta Somerset.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea.

—¿Cómo? —Oyó por fin.

—¿No está? —siguió hablando ella en inglés.

—Perdone… No entiendo nada… Creo que se ha equivo…

—¿Qué ha pasado? —Siguió Baby—. ¿Cómo?

—¡Se ha equivocado de número!

—¿Lo habéis encontrado? —exclamó la bella rubia—. ¡Bien! No, no, no tiene importancia, Stan. Sí, estoy arriba, en el castillo, donde quedamos citados, pero ya no importa. ¿Vais a tomar la ruta prevista?

Clic, colgaron al otro lado.

—Sí, estupendo… Yo me quedo, sí. Ya nos veremos en la Central. No, hombre, no, deja de preocuparte, es mejor así… Nada más. Buen viaje… y tened mucho cuidado. Es todo.

Colgó y algunas monedas se deslizaron por la ranura, en devolución. Las recogió, las metió en el maletín, y tras dar las gracias sonriente a los camareros, que sólo tenían ojos para ella, se dirigió hacia la puerta. Al abrirla vio por el cristal a Somerset bajando del taburete…

Bajó los pocos peldaños, lentamente. Supo que detrás de ella, la puerta había vuelto a abrirse.

—Señorita —la llamaron en inglés—. ¡Señorita! Se volvió y se quedó mirando expectante a Alexander Somerset, que bajaba rápidamente.

—Perdone —siguió hablando él en inglés—. No es que sea un curioso, pero… me ha parecido que usted hablaba en inglés… No he entendido nada, pero…

—Sí, soy inglesa —le miraba ella sonriente—. Y usted también, ¿verdad?

Somerset soltó un simpático bufido de alivio.

—Sí, sí… Pero sé tan poco español que me estoy haciendo un lío.

—¿Puedo ayudarle en algo? Yo sí hablo un poquito el español.

—Estupendo. Bueno, yo sólo quería preguntar qué debo hacer para salir de aquí por el otro camino… Tengo entendido que hay una bajada hacia el puerto, pero…

—Oh, pues lo siento, señor… señor…

—Somerset. Alexander Somerset.

—Pues lo siento, señor Somerset, pero yo tampoco sé eso. Es la primera vez que estoy en Barcelona y…

—Oh, yo también, pero ya sé algunas cosas… Perdone la pregunta, pero… ¿está usted esperando a alguien, quizá?

—No… Ya no.

—Ah… Emmm… Bueno, yo también estoy solo aquí… ¿Ve aquel monumento iluminado?

Baby miró por encima del anchísimo muro, hacia abajo, donde en el centro de una gran plaza se elevaba el monumento.

—Sí… Sí, lo veo.

—Está erigido a la memoria de Cristóbal Colón. Hay dentro un ascensor, que lleva a la cúspide. Desde allí se ven las Ramblas, el lugar más típico de Barcelona. Delante, hacia nuestra derecha, está la Puerta de la Paz, el puerto… La avenida que va hacia el fondo es el Paseo de Colón y…

—Señor Somerset —rió ella—: ¿está seguro de que necesita mi ayuda para algo?

—Pues… Mire, todo eso lo sé sobre el papel. Tengo un plano de la ciudad, pero… que me maten si sé llegar hasta la Puerta de la Paz sin dar un rodeo de no sé cuántas millas. Y como sé que hay un camino que…

—Lo siento. Yo también lo desconozco. Adiós.

Se alejó de él, volvió a donde había dejado el coche y lo puso en marcha. Bajó por la otra rampa, cruzó el supuesto puente levadizo… Detrás de él, por supuesto, el coche del falso inglés… Falso ya sin lugar a dudas, pues la espía había percibido el acento ruso en Alexander Somerset.

Emprendió el descenso, giró a la izquierda al llegar al final de la empinada carretera… Cierto, había tenido Barcelona a sus pies, pero lo que le interesaba era tener a Somerset. Así que al llegar

abajo siguió unos cientos de metros la carretera interior del recinto. A la izquierda, de pronto, apareció un tramo de carretera más bien oscuro, y se metió por allí. Segundos después, lo hacía Somerset. Ella detuvo el coche y él hizo lo mismo, detrás. Los dos sorprendidos, realmente, pues la carretera terminaba allí, al pie de un ancho tramo de escalones de piedra.

Baby se apeó, fue hacia el coche del ruso con gesto irritado y se plantó junto a la abierta ventanilla.

—Escuche, señor Somerset, haga el favor de no…

Se calló, de pronto, como aterrada al ver la pistola con silenciador que le apuntaba al pecho.

—Suba —dijo Somerset.

—Pe-pero…

—¡Vamos, menos tonterías! ¡Suba!

Él se fue retirando hacia el otro asiento, y ella, siempre bajo la amenaza de la pistola, entró en el coche, sentándose ante el volante.

—¿Qué… qué pretende…?

—Escuche, vamos a dejarnos de tonterías —replicó él—. Usted y yo somos espías. ¿Cierto?

—¡Está loco! ¡No sé de qué…!

—No grite. Ni se esfuerce en mentir. Es inútil. Mire, no me he acercado a usted hasta comprender que ya nadie acudiría a su cita aquí. Pero las cosas han cambiado… Usted ha llamado a un tal Stanley, el cual, con toda seguridad, ha encontrado a un hombre que yo también tengo interés en localizar. Un americano, un agente de la CIA ¿De acuerdo?

—No, no…

—Le aseguro que no quisiera ser violento con usted, pero lo seré si me obliga. Ustedes lo han encontrado, y ahora van a salir de Barcelona por la ruta prevista… Lo he oído perfectamente. Muy bien: ¿cuál es esa ruta?

Lili Connors apretó los labios. El lugar era oscuro, pero Somerset captó el gesto.

—No sea absurda —masculló—. ¿Cuál es esa ruta?

—No lo sé.

—Le voy a hacer una proposición… Usted me dice cuál es la ruta que va a seguir el agente de la CIA, y nada le ocurrirá… A usted, se entiende. La llevaré con unos amigos, la tendremos allá el

tiempo necesario y luego nos marcharemos. Así de sencillo. ¿Y bien?

—No.

—En ese caso, le diré la otra faceta del asunto: puesto que me obliga a ello, la llevaré con esos amigos, pero ante su terquedad, no podremos ser amables. Usted parece una chica desenvuelta, seguramente no es nueva en estas cosas… ¿De verdad no sabe que nosotros podemos obligarla sea como sea a contestar a nuestras preguntas?

—No diré nada.

—De acuerdo. Usted conduce: salgamos de aquí y le iré indicando el camino.

—¿A dónde vamos?

—A otra montaña, lejos de ésta. Conduzca. Y se lo advierto: por mucho que me disguste, dispararé contra usted si hace alguna tontería.

Baby asintió con la cabeza y tomó el volante. Hizo dar la vuelta al coche, enfiló hacia la salida de aquella carretera cortada… y de pronto, el cristal de la ventanilla delantera derecha reventó con sordo chasquido y una lluvia de diminutos cristales los acribilló a ambos… mientras Alexander Somerset lanzaba un gemido y caía hacia su izquierda, chocando con Lili Connors, que había entrevisto, entre la vegetación de aquel lado, un cárdeno fogonazo en la oscuridad.

Rápidamente, quitó la pistola de entre los rígidos dedos de Somerset, abrió la portezuela y se tiró del coche al suelo. Luego, reptó hacia la parte de atrás, se incorporó y de un salto llegó junto a los primeros arbustos. Más adentro, oyó con toda claridad el movimiento de éstos: alguien se alejaba a toda prisa.

Sin vacilar, Baby se adentró en la impenetrable oscuridad en pos del agazapado tirador. Al moverse unos arbustos vio luz al otro lado y apretó el paso. Por delante de ella oía cada vez más claramente el rumor de la otra persona…, que de súbito, a una altura superior a la de ella, se recortó contra aquella lejana luz incorporándose.

Baby alzó la pistola y disparó.

Oyó el contenido grito de un hombre, que desapareció de inmediato tras los arbustos. Corrió hacia allí, se dio cuenta de que estaba llegando al borde de aquella zona ajardinada y se inclinó

para no destacar entre los arbustos… Cuando llegó al límite de la vegetación, vio al hombre. Estaban en otro paseo y el hombre corría cojeando; en su mano derecha, la espía pudo ver con toda claridad un rifle.

—Vas a ver…

Comenzó a apuntar hacia la espalda del hombre, pero en aquel momento oyó el fuerte zumbido de un motor. Un coche apareció por detrás de aquel hombre, interponiéndose entre él y Baby, que se apresuró a lanzarse hacia atrás, previniendo la posible andanada de balas que podían dispararle desde el coche.

Pero no oyó chasquido alguno, ni los arbustos saltaron en pedazos en torno a ella o por encima de su cabeza. Y cuando sacó ésta por entre las hierbas, el coche y el hombre habían desaparecido.

Sombrío el gesto, la espía regresó a donde había dejado su coche y el de Somerset. Entró en éste y examinó al ruso. Tenía un balazo en la cabeza, debajo del pómulo derecho y, desde luego, estaba muerto.

—Tanto trabajo tonto, para nada —musitó—. Pero más has perdido tú, colega. Y estoy segura de que no eras mal muchacho…

* * *

Limpió sus huellas de la pistola, la dejó sobre el asiento y salió del coche. Borró también las posibles huellas que hubiera podido dejar en el volante y fue a su coche. Su ceño estaba fruncido cuando salió de nuevo a la carretera interior que describía un círculo dentro de la Exposición de Barcelona, la mayor zona verde de la ciudad.

Apenas doscientos metros más allá, vio una cabina telefónica. Detuvo el coche ante ella, se apeó y entró. Echó monedas de peseta en la ranura, esperó la señal, marcó…

En seguida, oyó la voz de Simón-Barcelona:

¿Si?

Baby permaneció en silencio.

—¿Diga? ¿Quién es? ¡Diga!

Unos segundos de espera. Luego, Simón-Barcelona colgó el auricular. Baby hizo lo mismo, volvió al coche y lo puso en marcha. Si Simón estaba en su apartamento, significaba que no había

intervenido en aquello, ya que de ninguna manera había tenido tiempo de llegar allá desde Montjuich. Pero… ¿por qué se le ocurría la idea de que Simón hubiera podido tener algo que ver con la muerte de Alexander Somerset? ¿Quizá porque la muerte del ruso la beneficiaba a ella? Sólo aparentemente, desde luego, porque su propósito había sido que Somerset hiciera lo que pretendía hacer: llevarla a la casa de Vallvidrera donde había visto entrar antes a los dos hombres que se habían marchado al llegar él.

—¿Quiénes hay en juego? —se preguntó la espía—. Veamos… Simón-Barcelona, que no ha intervenido en esto. Luego, Roy Devine, que presiento que está vivo, pero…, ¿dónde está y por qué no llama a Simón-Barcelona? Y, por último, que yo sepa, los otros dos rusos, los que tienen esa casita en la otra montaña… Nadie más. Nadie más… que yo sepa, claro. Bien… Por otra parte, hay algo raro en Simón: juraría que cuando me dijo que yo había ido a alojarme al «Hotel Diplomatic» para estar cerca de Somerset, esperaba que yo negase estar en ese hotel… O algo así. ¿Por qué tenía que esperar semejante cosa, si yo le había dicho que iría al «Diplomatic»? ¿Ha podido saber que yo no estaba en ese hotel? ¿Y… cómo ha podido saberlo?

Capítulo V

Simón-Barcelona abrió la puerta tras oír la voz de la señorita Connors y ésta entró, mientras el espía guardaba su pistola mirándola atentamente.

—Ha ocurrido algo —dijo, apenas cerrar la puerta—. Alguien me ha llamado por teléfono.

—¿Quién? —se «sorprendió» la divina espía.

—No lo sé. Nadie contestó. Insistí, pero nadie dijo nada. Así que colgué… ¿De dónde viene usted?

—De divertirme en Montjuich —entraron en el saloncito y ella se dejó caer en el sofá apoyando una mano detrás, mientras con la otra dejaba el maletín a su lado—. ¿Cree que pudo ser Roy Devine?

—¿Qué?

—Le pregunto si le parece que la persona que le ha llamado pudo ser Roy Devine.

—Ah, pues… no sé. Demonios —se animó Simón—, ¡no se me había ocurrido!

Baby lo miró en verdad sorprendida esta vez.

—¿No se le había ocurrido que pudiese ser Devine? Pues, Simón, usted está encerrado aquí esperando precisamente esa llamada.

—Sí… Sí, claro… Bueno, si ha sido él supongo que volverá a llamar. ¿De verdad cree que ha podido ser él?

—¿Por qué no?

—En tal caso, bien pudo haberme dicho algo, ¿no le parece?

—¿Cómo quiere que yo sepa lo que puede estar pensando Roy Devine?

Quedaron los dos silenciosos durante unos segundos, hasta que Simón preguntó:

—¿Ha cenado bien?

—No he cenado.

—¿No? Pero dijo que…

—Han matado a Alexander Somerset. Allá arriba, en Montjuich. Lo he dejado en su coche.

—¿Cómo ha sido? —musitó Simón.

Lili Connors lo explicó. Simón escuchaba en silencio, muy reflexivo, fruncido el ceño. Cuando ella terminó, se rascó la nuca, perplejo.

—Pues no lo entiendo —aseguró—. Para matar a ese ruso, había que ser enemigo de él y, que yo sepa, en Barcelona sólo tenía dos enemigos: usted y yo. De manera que si usted no lo ha matado, ni yo tampoco…

—Roy Devine, lógicamente, también sería enemigo de Alexander Somerset —intercaló Baby.

—Bueno, sí, pero… No, no. Si Roy Devine hubiese tomado parte en esto… ¿quiénes eran los hombres que le recogieron con el coche? O aunque ese hombre que usted hirió en la pierna no fuese Devine, y él hubiese permanecido dentro del coche… ¿quiénes están con él? Yo descartaría a Roy Devine, desde luego. No entiendo nada de nada… Y esa llamada telefónica… No lo entiendo.

—Tengo la impresión —sonrió Baby— de que estamos metidos en un asunto del más puro espionaje.

—Que todos somos espías.

—Debo ser tonto, porque no la entiendo.

—En ocasiones, me he enfrentado a gente… extraña, que tenían en marcha ciertos proyectos no menos extraños y fantásticos… Oro Mazerino, Najo Vakan, Rom Nanticoke —se estremeció al recordar estos nombres—. Gente de cuidado, pero… digamos que poco modelados como espías. Había acciones violentas, situaciones desaforadas, tiroteos… Esta vez, no. Alguien está moviendo los hilos en la sombra, eso es todo. Espionaje puro.

—Han matado a un hombre —recordó Simón.

—Puede tener la seguridad de que esa muerte era por completo imprescindible. Y si supiésemos quién y por qué ha matado a Somerset, lo sabríamos todo, supongo. Usted no ha sido, yo tampoco, hemos descartado también a Roy Devine, no hay más agentes de la CIA en Barcelona… Entonces, que yo sepa, sólo quedan dos personas, dos hombres. Pero… son rusos, amigos de Somerset… ¿No le parecería una estupidez que ellos mismos lo hubiesen matado, precisamente cuando Somerset me tenía a su

merced?

—Desde luego.

—Entonces, si todos estamos descartados, ¿quién ha sido?

—Si lo que usted quiere es que me duela la cabeza, lo está consiguiendo.

—A mí también empieza a dolerme —sonrió la espía—. Y sólo consigo llegar a una conclusión… que no me parece muy aceptable: quien mató a Alexander Somerset debía estar de mi parte, pero, al mismo tiempo, me perjudicó.

—Ya me duele la cabeza —sonrió de lado Simón.

—Me perjudicó en el sentido de que anuló mis planes. Lo que yo pretendía era, precisamente, dejarme llevar por Somerset y, de este modo, hablando con él y con sus amigos, creo que hubiese sabido qué era lo que Roy Devine traía consigo desde París… ¿Le ocurre algo, Simón?

—No, no…

—Me parece que se ha puesto pálido… ¿Se encuentra bien, de verdad?

—Sí… Es que… Bueno, usted llega a unas conclusiones que son escalofriantes. No quiero ofenderla, pero su mente me parece bastante… tortuosa. Por el amor de Dios, ¿quién puede querer ayudarla y perjudicarla a la vez?

Brigitte Montfort, alias Lili Connors, alias Baby, parpadeó.

—¿Está seguro de que no sabe lo que traía Devine desde París? —preguntó a su vez.

—¿Yo? ¿Cómo quiere qué…?

—Está bien. Supongo que no tiene inconveniente en prestarme su coche, Simón. Temo que el mío se está haciendo demasiado popular, lo debe conocer ya demasiada gente. ¿Le importa?

—No… No, claro. Le daré las llaves… ¿Tiene algún proyecto inmediato?

La espía tendió la mano hacia las llaves, sonriendo angelicalmente.

—Yo siempre tengo proyectos —dijo.

Tomó las llaves, y sin dar tiempo a Simón a reaccionar, abandonó el piso. Durante unos segundos, el espía quedó como clavado en el suelo. Luego, se colocó a un lado de la salida a la terraza, mirando hacia donde había dejado su coche. Vio a Baby

llegar a él y abrir la portezuela… Al hacer esto, la luz se quebró, pareció hundirse en la pequeña abolladura de la puerta, y Simón-Barcelona se estremeció.

Esperó a que Baby se alejase con el coche, y entonces fue una vez más hacia el cuadro y lo apartó para poder hablar más cerca del micrófono.

—Supongo que lo habéis oído todo —dijo—. Ella se ha marchado, y creo que va a la dirección que os indiqué de Vallvidrera. Es muy capaz de ir a ver a esos dos rusos de allá, a los compañeros de Somerset. ¿Tenéis algo que decirme?

Dejó el cuadro en su sitio y fue a sentarse delante del teléfono.

El cual sonó apenas un minutos más tarde.

—¿Sí?

—Albert —la misma voz de siempre, ahora nerviosa—. ¿Te parece probable que ella se atreva a tanto?

—¿A ir a ver a los rusos? Desde luego.

—Pues tendremos que volver a actuar… y de prisa. Pero ella tiene ventaja sobre nosotros: conoce el camino. Nosotros nos perderíamos varias veces antes de llegar allá… Tienes que venir con nosotros, conducir tú.

—¡Imposible! No, no, no… Olvida eso. Mira, todo esto es demasiado espantoso para mí. Estoy haciendo lo que puedo, pero… Bueno, si ella llama aquí y no estoy para responder al teléfono…

—Te entiendo. Y tienes razón. Nos las arreglaremos como podamos, pero el tiempo…

—Escucha…, ¿no sería mejor sincerarnos con ella? Si le dijésemos…

—¡No!

—Pero…

—Olvida tú eso, Albert. Ella nunca lo aprobaría. Ya te llamaremos. Ahora tenemos prisa.

Clic.

También Simón-Barcelona colgó y se pasó la mano por la frente.

«Estamos locos… Estamos todos locos —pensó—. Y ella más que nadie. Ojalá no se atreva a acercarse a esos dos rusos…».

* * *

Detuvo el coche a un lado de la estrecha carretera y miró hacia abajo. Otra vez Barcelona a sus pies. Llenas de luces las grandes avenidas y, al otro lado el parque de atracciones de Montjuich, colorido, alegre… ¿Cómo reaccionaría la policía española cuando, finalmente, fuese encontrado el cadáver de un súbdito inglés, muerto de un balazo en su coche? ¿Y qué harían si llegaban a descubrir que era ruso? Bueno, era el mismo problema que había quedado planteado en muchas ciudades, y nunca pasaba nada… Jamás había salido a relucir el nombre de la señorita Brigitte Montfort. No tenía por qué ser diferente esta vez.

Dejó de mirar la ciudad para contemplar, fruncido el ceño, la casita que le interesaba, unos cincuenta metros más arriba y a su izquierda. Había más casitas pequeñas, desiguales. Luz en casi todas ellas, y se veía gente cruzando la calle en aquel momento. De alguna parte, llegaban voces metalizadas: la radio o la televisión.

Salió del coche, tomó el maletín con la mano izquierda y comenzó a caminar hacia la casita donde habían entrado los dos compañeros de Somerset. Ahora estaba segura de que eran camaradas de él, pues había mencionado a unos amigos y otra montaña, lejos de Montjuich, donde ellos estaban… Y, además, tenía otros muy buenos motivos para estar segura.

«Sabía que había algo extraño en todo esto —pensó—. Pero cada cosa a su tiempo. Primero, los rusos. Y si son razonables, quizá podamos evitarle molestias a la policía española».

También en aquella casa había luz. Llegó ante la puerta tras recorrer el sendero del pequeñísimo jardín y llamó. Tuvo que esperar casi quince segundos antes de que abrieran; seguramente debían haber mirado por alguna ventana y no temieron nada al ver a una mujer con un maletín. En verdad, su aspecto no podía ser más inofensivo.

Un hombre quedó ante ella, mirándola expectante. Un sujeto alto, atlético, de rojos cabellos y con la cara llena de pecas.

—¿Qué desea? —preguntó en español.

—Alexander Somerset ha muerto —dijo ella, en ruso.

Hubo una crispación en la boca del hombre. Se apartó y Baby entró… En seguida vio al otro hombre, colocado detrás de la puerta, apuntándola con una pistola. El que había abierto la puerta la cerró y señaló hacia el interior de la casita. Llegaron los tres a un

diminuto saloncito y Baby se sentó en un sillón.

Los dos hombres la miraban fijamente.

—¿Quién es usted? —preguntó el de la pistola.

Ella señaló el arma.

—Nos entenderemos mejor por las buenas, así que le ruego guarde eso.

El ruso frunció el ceño, pero no llegó a tiempo de decir nada, porque el otro le hizo una seña perentoria y, de mala gana, guardó la pistola, bajo la axila izquierda. También al otro se le notaba allí el bulto del arma, aunque sólo para miradas expertas, desde luego.

—Muy bien, ya está guardada la pistola… Repetiré la pregunta: ¿quién es usted?

—Lili Connors, del MI5.

—¿Del MI5? —El ruso se sorprendió verdaderamente—. ¿Y qué tienen que ver usted o el MI5 con todo esto?

—La pregunta es —rectificó Baby—: ¿qué es todo esto?

Los rusos cambiaron una mirada de desconcierto.

—¿Usted no lo sabe?

—No —negó la divina.

—Entonces, ¿cómo se ha metido en el asunto?

—Lo único que puedo decirles es que Alexander Somerset me estuvo siguiendo, hasta Montjuich. Allí, finalmente, me obligó a entrar en su coche. Me dijo que yo conduciría, le obedecí… y entonces dispararon. La bala le mató a él.

—¿Quién disparó?

—No lo sé —mintió Baby.

—Al parecer, usted no sabe gran cosa.

—No sé nada de nada.

—Pero sí ha sabido encontrarnos… ¿Cómo es eso posible?

—Somerset me lo dijo.

—Eso es mentira.

—¿Por qué habría de venir aquí a mentirles a ustedes? Él me dijo que vendríamos aquí, y que entre ustedes y él me harían hablar. Cuando lo mataron, yo decidí venir de todos modos aquí, para preguntarles qué es lo que esperan de mí.

Los dos rusos estaban estupefactos.

—Usted está bromeando —masculló por fin el pelirrojo—. O tiene la cara más dura que la cubierta de un portaaviones.

—Eso es posible —admitió sonriendo la espía—. Pero les aseguro que es más bien instinto de conservación. La verdad, no me gusta estar bajo el punto de mira de los rusos. He pensado que si Somerset quería matarme, también podrían intentarlo ustedes u otros. Y quisiera saber por qué. Quizá ustedes piensan que yo tengo algo que andan buscando, o que sé algo que podría perjudicarles… Si ese es el caso, hablemos juiciosamente y llegaremos a un acuerdo.

—Esto es fantástico —casi rió el ruso.

—¿Fantástico? —Alzó ella las cejas—. ¿A qué se refiere?

—Según parece, usted supone que tenemos algo en su contra y, sin embargo, tiene la descaradísima reacción de venir a pedirnos cuentas, en lugar de esconderse… ¿Eso no le parece fantástico? Por otra parte, nosotros ni siquiera teníamos idea de la existencia de usted, nunca la habíamos visto, así que… ¿por qué motivo iba Alexander a meterse con usted?

—A decir verdad, he estado pensando una teoría al respecto, pero… No sé, no me parece suficiente motivo.

—¿A qué se refiere?

—¿Tienen ustedes algo contra un agente de la CIA que vive en Barcelona, en la calle Ganduxer? Quiero decir, algo aparte del simple hecho de ser americano, claro.

—¿Se refiere a Albert Cummings?

—Ese es su nombre. ¿Tienen algo contra él?

—¿Por qué piensa eso? —preguntó a su vez el ruso.

—Miren, yo llevo algún tiempo viviendo en Barcelona y, hasta el momento, nadie me ha molestado. Y ha sido precisamente después de visitar a Cummings… ¿No los parece revelador?

—¿Qué hay entre usted y Cummings? —volvió a preguntar a su vez el agente ruso.

—Le conocí hace unos… tres años, en París. Hicimos allí una pequeña cosa entre los ingleses y los americanos. Nada importante. Luego, nos separamos y no le volví a ver hasta esta noche.

—¿Y por qué fue a verle?

—Él me llamó por teléfono.

—¿Y cómo sabía él su número de teléfono?

—Ni idea… Supongo que son cosas del espionaje.

—Sí, claro… Está bien, entendemos eso: usted visitó a

Cummings, al salir la siguió Alexander, quiso cazarla para hacerle preguntas y, por desdicha, alguien le mató. Seguiremos luego conversando sobre eso. Ahora, díganos: ¿para qué la llamó Cummings?

—Me dijo que tenía que hacerle un favor.

—¿Qué favor?

—Sacar algo de Barcelona y llevarlo a Madrid.

Los dos rusos volvieron a mirarse, ahora francamente alarmados, sobresaltados.

—¿Qué tenía que sacar usted de Barcelona?

—No lo sé. Naturalmente, se lo pregunté, pero se negó a decírmelo. Por lo tanto, rehusé complacerle. Él insistió, dijo que el asunto no entrañaba la menor dificultad, pero yo seguí negándome. O me decía de qué se trataba o no debía contar conmigo. Me dijo entonces que yo fuese al restaurante del castillo de Montjuich, y que allá, alguien entraría en contacto conmigo para entregarme el «paquete» si decidían aceptar mis condiciones. Pero nadie se presentó… Sí lo hizo Alexander Somerset, y sobre eso ya les he contado lo que sucedió… Entiendo ahora que alguien decidió por Cummings que no convenía ese trato conmigo, por eso no se presentaron allá. Si Alexander Somerset no hubiese aparecido, yo habría olvidado el asunto por completo. Pero la intervención de él me ha… alarmada. Ahora, sin saber por qué, estoy en la mira de los rusos y, en cambio, no he obtenido beneficio alguno…

—Espere… Usted quiere hacer un trato, ¿no es eso?

—Exactamente. Por fin llegamos a la cuestión.

—¿Qué trato?

—Ustedes me dicen de qué se trata, yo vuelvo a Cummings, le digo que acepto y le llevo a Madrid lo que sea. Pero antes de entregarlo a su destinatario, obtengo una copia, o lo que proceda…

—Eso pudo hacerlo desde el primer momento.

—Sí. Pero no me pareció que valiese la pena. Ahora, las cosas han cambiado… Adoro muchísimo la vida y no me gusta que los rusos quieran matarme. Entonces, aquí está el trato: ustedes y yo obtenemos copias de ese encargo de Cummings… y la MVD desiste de intentar nada contra mí.

—Es usted muy… conservadora —sonrió el ruso.

—Lo que ocurre —sonrió también ella— es que sólo tengo una

vida. Y me encanta vivirla. ¿Les sorprende?

—No —rió ahora el ruso—. A nosotros también nos encanta vivir.

—¿Llegamos a un acuerdo, entonces?

—¿Por qué no?

—Magnífico. Bien: ¿qué es lo que está ocurriendo, qué es lo que están buscando ustedes y que, al parecer, tiene Cummings?

—Por la madre Rusia —exclamó el otro ruso—. ¡Usted tiene que estar loca!

—No, no, Uri —rió el pelirrojo—. No está loca, eso te lo garantizo. ¡Pero que me maten si en mi vida he encontrado a una mujer espía con tanto valor y descaro!

—¿De qué están hablando? —se sorprendió Baby.

—De su audacia… ¡Es increíble! Yo le diré cómo están las cosas en realidad, señorita Connors. En primer lugar, usted no es inglesa, ni trabaja para el MI5 sino americana y, claro está, trabaja para la CIA En segundo lugar, todo eso que me ha contado es un cuento chino, porque hay que partir de la base de que Albert Cummings no tiene nada para enviar a Madrid. En tercer…

—Él me dijo que…

—¡Por favor…! Mire, nos consta que Cummings no hizo contacto con un hombre que traía algo de París. No nos explicamos muy bien cómo pudo ocurrir esto, pero ocurrió. Sin embargo, sabemos ahora que el hombre que escapó de París, vino precisamente a Barcelona.

—¿No lo sabían?

—No, No teníamos ni mucho menos esa seguridad —rió de nuevo el pelirrojo—. Mire, un hombre llamado Roy Devine, agente de la CIA, parece ser que recibió cierta información sobre algo que iba a ocurrir pronto en Copenhague; así que dejó Hamburgo, fue a Copenhague y allá, en efecto, consiguió la información completa. Pero nosotros nos enteramos de que habíamos tenido una fisura en la red, supimos que uno de nuestros… sicarios daneses se había vendido por dinero a la CIA, en la persona de Roy Devine… Fue todo muy rápido; cuando tratamos adecuadamente al danés, nos lo dijo todo, o sea, qué había vendido y a quién. Acto seguido, la MVD comenzó la búsqueda de Roy Devine: había que cazarlo cuanto antes, impedir que tuviese contacto con alguien de la CIA y pudiese

entregarle lo que había comprado. El cerco se fue estrechando y nos llevó hasta París, ya que, como comprenderá, cortamos todas las rutas a Devine hacia Hamburgo… Le fuimos acorralando, empujándolo hacia París. Allá, debo admitir que la CIA hizo una excelente jugada: nos engañaron muy bien. Mientras nosotros vigilábamos a los agentes de la CIA que conocíamos, previniendo el contacto de Devine con ellos, éste tramaba su propio plan. Debió comunicar con los de la CIA de París y éstos aceptaron sus disposiciones; nos llevaron como tontos a Le Bourget, donde estuvimos esperando algunas horas… para nada. Los de la CIA, con toda tranquilidad, volvieron a París… ¿Comprende la jugada?

—No… Me parece que no.

—¡Vamos…! ¡No quiera parecemos tonta ahora! Además, la jugada no puede estar más clara: mientras nosotros vigilábamos en Le Bourget, tragando el anzuelo como tontos, Devine partía de París desde Orly. Comprenda usted que tuvimos que llegar a esta conclusión. Y a partir de ese momento, hubo que movilizar todavía más efectivos. Nos enteramos de los vuelos que habían salido de Orly durante las horas que nosotros habíamos estado perdiendo el tiempo en Le Bourget. Bien: habían salido aviones hacia Roma, Viena, Barcelona, Estocolmo… En total, catorce vuelos. ¿Qué cree que hicimos entonces?

—Mmm… ¿Movilizaron a su personal en las ciudades donde tenían destino esos catorce vuelos?

—Por supuesto que hicimos eso. ¿Ve como usted no es tonta, señorita Connors? Muy bien, movilizamos a todo el personal en esas catorce ciudades, ordenando la búsqueda de Devine, cuya descripción, claro está, habíamos conseguido de nuestro sicario danés que nos había traicionado vendiendo la información. Vamos a dejar ya, sin embargo, trece de esas ciudades y concentrémonos en Barcelona. Para ser sincero, no teníamos la menor esperanza de que Devine hubiese venido hacia aquí, habida cuenta de que aquí sólo había un agente de la CIA de escasa importancia, del cual no podría esperar demasiada ayuda. Pero, de todos modos, nosotros nos pusimos en movimiento…

—¿Ustedes son los residentes rusos en Barcelona?

—Así es.

—¿Y Alexander Somerset?

—Oh, él fue quien llegó con instrucciones en propia mano, y la copia de un retrato-robot de Devine y, claro, se quedó para colaborar. Cuando él llegó, en realidad, nosotros estábamos ya convencidos de que Devine no había venido a Barcelona, que todo era un truco…

—¿Qué truco?

—El de poner su nombre en las listas de pasajeros y constar su llegada a Barcelona.

—Ah… ¿Se enteraron de eso?

—Vamos, vamos… Claro que nos enteramos. Pero eso fue después. Antes, en cuanto recibimos la llamada que nos movilizaba, fuimos a vigilar a Albert Cummings. Debían ser las dos de la mañana, pero estábamos dispuestos a cumplir nuestro trabajo, a permanecer en el coche el tiempo que fuese necesario… ¿Se imagina nuestra sorpresa cuando, hacia las tres de la madrugada, Albert Cummings salió de su casa?

—Sorpresa… y alegría, ¿no?

—Pues sí, es verdad. Y más, cuando comprendimos que él iba hacia el aeropuerto. Parecía tener muchísima prisa. Llegó allá, corrió a los vestíbulos, estuvo mirando por todas partes… y volvió a su domicilio. ¿Qué podíamos pensar nosotros?

—Que le habían ordenado desde París que fuese a ver si Devine aparecía en el aeropuerto de Barcelona, y que lo recogiese.

—Exacto. Pero, puesto que él no esperó, dedujimos que si Devine no estaba allí, esperando ser recogido, era que no había sido Barcelona su punto de destino elegido para escapar. Desencanto grande el nuestro pero, de todos modos, decidimos seguir vigilando a Albert Cummings. Pura rutina ya, en realidad, pues estábamos convencidos de que Devine no había venido a Barcelona.

—¿Y ahora creen que sí ha venido?

—Usted nos lo ha dicho.

—¿Yo?

—Claro. Si Devine hubiese aparecido en cualquier otra parte, usted no estaría aquí ahora… ¿Para qué? Pero no: Devine no ha ido a ninguna otra ciudad, sino que ha venido aquí… Eso sí lo saben ustedes. Pero no saben nada más. Ignoro por qué circunstancias, a pesar de saber que Devine está en Barcelona, ustedes no consiguen comunicar con él…

—¿Y por qué tenemos que saber nosotros que él está en Barcelona?

—Porque ustedes habrán visto también las listas de llegadas de pasajeros de París y saben que no es un truco de la CIA, sino que, allá donde aparezca el nombre de Devine, es que realmente está él. Nosotros no podemos estar seguros de si es un truco o no, pero ustedes sí saben que ese dato es verídico. Pero, como le digo, no sé por qué, no han conseguido hacer contactos con él… Entonces, empiezan a temer que haya muerto, o sufrido algún accidente… Por tanto, temen quedarse sin la información que él había conseguido. Y en tal caso… ¿quién mejor que los rusos podrían decirle a ustedes qué clase de información había conseguido Devine? Así, al menos, aunque él no apareciese, la CIA conseguía la información. Es una jugada inteligentísima, señorita Connors.

—Bueno —sonrió ella, divertida—. Tampoco se puede decir que usted sea tonto.

—Muchas gracias. Entonces… ¿es cierto? ¿Devine no ha aparecido… y ustedes desconocen la información que traía?

—Por desgracia, así es —suspiró Baby.

—Esa es una buena noticia… para nosotros, claro. Y ahora, puesto que sabemos que todo su galimatías del principio de esta conversación era sólo un truco para sonsacarnos la información que traía Devine, escuchemos su verdad: ¿por qué la CIA ha matado a nuestro compañero Alexander? ¿Acaso era inevitable?

—Yo no he dicho que haya sido la CIA.

—¿Quién, si no?

—No lo sé.

—Mire, si usted…

—Ven un momento, Levon —dijo de pronto el otro ruso.

Se fueron los dos hacia un rincón y comenzaron a cuchichear, dirigiendo inexpresivas miradas a Baby, que comenzaba a pensar, no sin tristeza, que aquel asunto no podría resolverse tan pacíficamente como ella había proyectado…

Capítulo VI

Finalmente, los dos rusos terminaron su conferencia, y ambos volvieron a colocarse delante de Baby.

—¿Qué es lo que pretende en realidad usted al venir aquí? —preguntó Levon, el pelirrojo.

—Ya se lo he dicho: conseguir la información que…

—Mentira. Ustedes tienen que saber todo lo que Devine compró en Copenhague. Mi compañero también piensa, señorita Connors, y usted misma decidirá si sus reflexiones son o no son admisibles. En primer lugar: ¿le parece factible que Devine, acorralado, consiga hacer contacto con sus compañeros de la CIA en París… y se limite a pedirles ayuda y huir… sin facilitarles esa información por cualquier medio?

Baby se pasó la lengua por los labios, y no contestó.

—En segundo lugar —siguió implacable Levon—, si ustedes disponen ya de esa información… ¿por qué lo niegan? ¿No será que usted, al venir aquí, trata de convencernos de que la CIA ignora esa información a fin de llevar a cabo determinados planes basados en que nosotros creamos que esa información aún no ha llegado hasta ustedes? ¿No será eso, señorita Connors?

La espía tampoco contestó esta vez. Eran preguntas que, de acuerdo a la más elemental lógica, se contestaban por sí mismas, además.

—Le aseguro —susurró por fin— que tanto Cummings como yo estamos en la ignorancia de todo eso. Desconozco la información que traía Roy Devine, y tampoco Cummings la conoce. Nuestro trabajo consiste en encontrar a Devine.

—Seamos consecuentes —gruñó el ruso—: ¿usted pretende que yo crea eso? ¿Pretende que crea que la CIA, que pudo hacer contacto con Devine en París, y le ayudó, no fue informada de lo que Devine había conseguido en Copenhague? ¿Le parece esto

razonable?

—No —admitió Baby—. Usted tiene razón, pero yo puedo asegurarle que no estoy al corriente de esa información.

—Eso podría significar que usted no trabaja para la CIA.

—Trabajo para la CIA.

—¿Y no sabe lo que Devine compró en Copenhague? ¡Vamos, vamos…! Imaginemos que usted está acorralada en París, y que consigue hacer contacto con sus compañeros… Pues bien: ¿dejaría usted de facilitarles esa información, o se apresuraría a ponerlos al corriente de todo lo que supiese por si usted no conseguía escapar del cerco ruso? ¿Qué haría usted?

—Pasaría la información a mis compañeros.

—¿Se da cuenta? Eso tiene sentido. Entonces… ¿pensamos que Devine es un imbécil?

—No lo creo.

—Nosotros tampoco. Quedamos, pues, en que esa información obra ya en poder de la CIA Sin embargo, usted y Cummings están realizando… un juego desconcertante. ¿Cuál juego? ¿Qué es lo que pretenden?

—No lo sé.

—Trabaja usted para la CIA ¿y no lo sabe? Entonces, ¿qué clase de agente de la CIA es usted? ¿Una pantalla? ¿Un delicioso señuelo? ¿Una… muñeca que es utilizada como si fuese… un robot, que hace cosas y no sabe para qué las hace? Porque, señorita Connors, bien poco ha de valer usted para la CIA si la manejan así, ¿no le parece? O eso, o usted es la más audaz, inteligente y fría espía que habré conocido en mi vida, dotada de tales recursos que la CIA no teme en modo alguno que pueda ocurrirle nunca nada, como si fuese la mismísima…

Levon, el espía ruso, se quedó con la boca abierta. Miró a su compañero y, de pronto, ambos palidecieron a la vez, y volvieron su desorbitada mirada hacia la bella rubita de los ojos verdes.

Mientras lo hacían, por instinto, metían la mano derecha bajo la chaqueta, en busca de la pistola. Pero, quizá lo excitante de aquella revelación, o su modo habitual de operar, más con la mente que con las armas, los pusieron en desventaja con respecto a la mejor espía de todos los tiempos…

Todavía no habían llegado a tocar sus pistolas cuando Baby

movía una mano hacia ellos, lanzándoles un pequeño objeto que brilló cristalinamente, mientras ella, apoyando los pies con fuerza en el suelo, distendía las piernas, de tal modo que el sillón se volcó hacia atrás, con ella sentada y llevándose las manos a la boca y nariz. Cayó de cabeza, rodó hacia atrás y quedó tendida de bruces, inmóvil detrás del sillón, apretando con fuerza su boca y los orificios nasales. Permaneció así, sin respirar, durante casi veinte segundos.

Luego, se puso en pie y miró a los dos rusos que yacían en el suelo cara al techo. Levon tenía la mano derecha aún bajo la chaqueta; Uri sí había conseguido sacar la pistola, pero, evidentemente, al mismo tiempo el gas narcótico de la pequeña ampolla había actuado de modo fulminante, como siempre.

—Bueno —sonrió la espía—, ¿y qué hago yo ahora con vosotros, amiguitos? No puedo marcharme así, sin más…

—Ya se marcha.

—¿Qué habrá pasado ahí dentro?

—Nada que deba sorprendernos demasiado; como siempre, ella ha ganado la partida.

—¿Crees que los habrá matado?

—No sé. Sale muy tranquila, nadie la molesta… Francamente, no daría un centavo por el pellejo de esos dos rusos.

Dentro del coche, los dos hombres que sostenían la conversación, se encogieron cuando la señorita Lili Connors, con paso apresurado, se acercó a ellos… Pero se habían sabido colocar en una zona lo bastante oscura y, ciertamente, no resultaba nada fácil verlos. Así que la espía internacional, pasó de largo. Los dos volvieron la cabeza, la vieron entrar en el coche, salir a la carretera y regresar hacia Barcelona, por la sinuosa pendiente de la ladera de la montaña…

—¿La seguimos?

—¿Para qué? Seguro que va a ver a Albert… Además, si más adelante queremos localizarla sabemos muy bien cómo hacerlo en pocos segundos. Yo echaría un vistazo a esa casa… ¿Te has dado cuenta de que ella ha dejado la puerta abierta?

—Sí… Y no sé qué pensar de eso.

—Vaya una cosa… Insisto en la apuesta: un millón de dólares a quien sea capaz de decirme lo que puede llegar a tramar esa

muchacha. Ahí dentro pueden haber pasado mil cosas, pero… ¡qué demonios!, yo quiero saber qué ha pasado exactamente. Vamos allá, pero con el debido cuidado.

Ambos tocaron su pistola para asegurarse de que no había volado de su axila. Salieron del coche y se acercaron a la casa. Tras mirar a todos lados, sacaron las pistolas y se colocaron en el umbral. Dentro de la casa el silencio era absoluto.

Con grandes precauciones, los dos hombres entraron y en seguida vieron a los dos rusos tendidos en el suelo. Cambiaron una mirada y cada uno de ellos examinó a un ruso, tomándoles el pulso y alzándoles los párpados.

Luego volvieron a mirarse sonriendo irónicamente.

—Están dormidos como marmotas, eso es todo… Oye, espera un momento: este tipo tiene un papel aquí que…

El ruso tenía el papel en el bolsillo superior de la chaqueta. El visitante lo tomó, lo desplegó y leyó su contenido. Parpadeó y tendió el papel al otro, que se apresuró a tomarlo.

En grandes letras mayúsculas, decía:

ESTE PASE ES VALEDERO PARA TODA EUROPA, Y AUTORIZA A LOS COLEGAS SOVIÉTICOS URI Y LEVON A VIAJAR POR DICHO CONTINENTE SIN SER MOLESTADOS. BUEN VIAJE A MOSCU.

Firmado: Baby

—¿Qué puede significar esto? —murmuró el que acababa de leer el mensaje—. ¿Una broma de ella?

—No sé. Desde luego, tengo entendido que su sentido del humor es formidable.

—Pues el mío no lo es tanto… ¿Matamos a estos dos?

El otro quedó pensativo unos segundos. Tomó el «pase» para circular por toda Europa, y movió negativamente la cabeza tras volverlo a leer.

—No —musitó—. Ella quiere que vuelvan. Casi me atrevo a pensar que es una orden expresa para que no les ocurra nada a estos rusos.

—¿Una orden? ¿Para quién? ¿Crees que ha podido adivinar que nosotros…?

—Todo es posible en esa cabecita. Lo que me gustaría saber es si estos tipos le han dicho la verdad. Ella es muy convincente y si les ha perdonado la vida no te quepa duda de que habrá tenido sus buenos motivos… Sea lo que sea, ya no tiene remedio. Y no seré yo quien desacate un «pase» de Baby. Vámonos.

—¿No echamos un vistazo por aquí?

—¿Para qué? Sabemos todo lo que hay que saber… Pero tampoco vamos a perder nada. Echemos ese vistazo.

Se dieron una vuelta por la pequeña casita. Realmente, no había nada más que saber allí dentro. Lo único que les dio que pensar fueron los dormitorios, ambos muy pequeños, con camas sencillas, hechas de cualquier manera. Encima de cada cama había una maleta a medio llenar. El armario de cada habitación estaba abierto, y la deducción no podía ser más sencilla.

—Estaban haciendo el equipaje… Se iban a marchar. ¿Por qué? ¿Ya no les interesa Roy Devine?

—Eso parece. Yo creo que lo mejor que podemos hacer es ir a ver cómo sigue Michael de su herida en la pierna… Y desde allí podemos conectar la grabadora; seguramente, Baby estará con Albert y podremos enterarnos de lo que ella ha hecho y piensa hacer.

Salieron de la casa y cerraron la puerta, dejando apagadas todas las luces. Para dormir, es mejor la oscuridad.

Una vez dentro del coche, uno de ellos dijo:

—Oí a Albert decir que hay un camino mejor por el otro lado de la montaña. Vamos a ver si es verdad.

Siguieron ascendiendo, pasaron por delante de un gran estacionamiento, subieron por la dificilísima pendiente curvada y, refunfuñando, aparecieron de pronto en la explanada iluminada, llena de luces. En el centro había unos hermosos pinos y delante mismo, una amplísima escalinata, que llevaba al templo. Un templo imponente, en cuya cúspide había la gigantesca efigie de Jesús, iluminada, con los brazos abiertos, dando frente a la ciudad que, realmente se extendía a su pies.

—Caracoles… Vaya cosa imponente.

—Cada cual, con su fe. Creo que por allí saldremos…

Mientras uno conducía, el otro volvía la cabeza, mirando con pasmo la gigantesca atalaya de vigas de hierro que en aquel

momento se movía bajando la gran cesta metálica donde varias personas habían permanecido a una altura de vértigo, contemplando Barcelona… y subiendo la cesta del otro extremo, asimismo cargada con gente dispuesta a lo mismo…

—Hey, tú —rió de pronto el que no conducía—. ¡Para!

Desconcertado, su compañero obedeció, y el otro salió corriendo del coche, regresando hacia la enorme atalaya. Desde su asiento, lo vio conversar con el hombre que estaba detrás de un puesto de caramelos… Oía risas y el chirrido de la montaña rusa.

El otro volvió y se sentó a su lado, tendiéndole una bolsita de papel, riendo.

—¿Quieres?

—¿Qué demonios es esto?

—Hombre, palomitas de maíz… ¿Estás ciego? Riendo, los dos hombres se dedicaron a comer palomitas de maíz, mientras descendían por la también curvada pero mucho más amplia y transitable carretera de La Rabassada.

Capítulo VII

Simón-Barcelona tuvo que bajar para abrir el portal del edificio, obedeciendo la llamada por radio de Baby. Abrió en silencio, se metieron en el ascensor y poco después entraban en el piso del espía.

Éste esperó a que Baby se dejase caer en el sofá, para preguntar:

—¿Y ahora?

—He encontrado a dos rusos, ciertamente. Se llaman Uri y Levon… Partirán hacia Rusia dentro de cuarenta y ocho horas, calculo.

—¿Qué ha pasado exactamente?

—Intenté llegar a un acuerdo con ellos, pero se pusieron difíciles y tuve que ponerlos a dormir… ¡Oh! He olvidado mi maletín en su coche, Simón… ¿Le molestaría ir a buscármelo?

—Pues… No. No, claro… Vuelvo en seguida.

—Es usted muy amable.

Albert Cummings salió del piso, llamó al ascensor y bajó al vestíbulo. Salió a la calle, muy poco transitada a aquella hora y fue directo a donde había visto estacionar a Baby. Abrió el coche y vio el maletín en el asiento de junto al volante. Lo tomó y entonces, el maletín dijo:

—¿Tiene la bondad de abrirme?

Simón-Barcelona dio tal respingo que casi se dio de cabeza contra el marco de la portezuela. Aterrado, se quedó mirando el maletín rojo con florecidas azules que, con la voz de Lili Connors, insistió:

—Por favor, ábrame.

Con manos no precisamente firmes, el espía desplazó el cierre. En seguida vio el pequeño receptor grabador, que estaba funcionando, con suavísimo siseo.

—Santo Dios… —gimió.

—Tenga la bondad de detener mi marcha, caballero. Se me están agotando las pilas. Luego, a menos que tenga motivos para correr lejos de aquí, lléveme con mi propietaria. Usted la conoce: la señorita Lili Connors.

Tragando saliva, Simón-Barcelona detuvo la marcha del pequeño aparato que parecía una radio a transistores. Cerró el maletín, lo tomó, cerró el coche y emprendió el regreso a su piso, con la cabeza caída sobre el pecho.

Cuando entró, la señorita Lili Connors continuaba sentada en el sofá, fumando apaciblemente.

—¿Qué le ocurre, Simón? —Alzó las cejas—. Parece que ha recibido una fuerte impresión… ¿Algo va mal?

Cummings depositó el maletín de ella sobre la mesita y se desplomó en un sillón… Al hacerlo volvió a respingar y se puso en pie de un salto, fija su desorbitada mirada en cierto cuadro, que estaba visiblemente desplazado hacia un lado… Cuando volvió a mirar a la espía más extraordinaria del mundo, ésta hizo saltar en su manita izquierda el micrófono.

—Es usted un espía muy poco eficaz —dijo con cierto tono gélido—. Ya ve; usted dijo que no había micrófonos aquí, y yo, en menos de un minuto, he encontrado uno. ¿Hay más?

—No —jadeó Simón—. No hay más.

Baby dejó sobre la mesita el pequeño oído mágico y, tras buscar brevemente tras ella, entre el asiento y el respaldo del sofá, retiró la mano, cerrada y la abrió cuando la hubo colocado ante las narices de Simón-Barcelona.

—Como ve, usted no es el único en saber colocar micrófonos. Durante mi última visita me permití «olvidarme» este mío en su sofá. ¿Le parece de mala educación espiar al prójimo?

Simón se pasó una mano por la frente. Su mirada fue hacia el maletín de la espía y, por supuesto, en una fracción de segundo la definitiva verdad se reveló en su mente. Ella había olvidado su maletín a propósito, para pedirle a él que bajase a buscarlo, y poder buscar así el micrófono que ya sabía que existía con toda seguridad. Y lo sabía porque durante su última visita, había deslizado a su vez otro micrófono en el sofá. Sólo tuvo que esperar a que él llegase al coche y entonces hablar, de modo que él oyó la voz dentro del maletín… Del mismo modo que ella debía haber oído perfectamente

su última conversación telefónica con los hombres que le llamaban por teléfono…

—Así es, en efecto —dijo Baby.

—¿Eh? ¿Qué…?

—Que lo que usted está pensando es exacto.

Sacó el receptor-grabador del maletín, recuperó cinta y lo puso en marcha normal, dejándolo sobre la mesita. En seguida, se oyó la voz de Simón-Barcelona:

> *—Supongo que lo habéis oído todo… Ella se ha marchado, y creo que va a la dirección que os indiqué de Vallvidrera. Es capaz de ir a ver a esos dos rusos de allá, a los compañeros de Somerset. ¿Tenéis algo que decirme?*

Luego hubo casi un minuto de silencio, hasta que sonó el timbrazo del teléfono. Y en seguida, de nuevo la voz de Simón-Barcelona:

> *—¿Sí?*
>
> *—¿A ir a ver a los rusos? Desde luego.*
>
> *—¡Imposible! No, no, no… Olvida eso. Mira, todo esto es demasiado espantoso para mí. Estoy…*

La señorita Lili Connors adelantó una manita y detuvo la marcha del aparato. Luego, se quedó mirando con expresión inescrutable al derrotado Simón-Barcelona.

—¿Algún comentario? —susurró.

—No… Es decir, tengo… una pregunta que hacerle… y le agradecería que me la contestase…

—Espero poder hacerlo. ¿Y bien?

—¿Cómo sospechó esto de mí?

—Era de lo más elemental. En principio, sólo usted, yo y los rusos, estábamos metidos en esto. Sin embargo, en Montjuich, alguien disparó contra Somerset cuando él estaba haciendo precisamente lo que yo quería. Pensé que había sido usted y por eso le llamé por teléfono, para saber si estaba en casa…

—Fue usted…

—Desde luego. Me convencí de que usted no había tomado parte

directa en esto. Los rusos tampoco, ya que no iban a estar por allí, vigilándonos a Somerset y a mí para matarle a él. ¿No le parece eso absurdo? Así, pues, había que descartar a los rusos. ¿Quién más sabía lo que estaba ocurriendo? Usted. Pero usted no se había movido de aquí… Conclusión indiscutible: usted estaba en contacto con otra u otras personas.

—Y usted es… es verdaderamente diabólica…

—Solamente una buena profesional. Bien, vamos allá.

—¿Allá? ¿A dónde?

Baby le miró con infantil sorpresa.

—¿A dónde ha de ser, sino al lugar donde están los tres hombres que intervinieron en el asesinato de Somerset? Herí a uno en una pierna, así que no me sorprendí cuando hace rato, después de alejarme de la casa de los rusos, vi a dos apearse de un coche y entrar en esa casa. Luego, se fueron Tibidabo arriba y uno de ellos compró palomitas de maíz… ¿Sabe una cosa? Usted tenía razón: la carretera del otro lado es mucho mejor.

—¿Los… los ha seguido…? ¿Sabe dónde están?

—Desde luego. Y tengo intención de, aparte de aclararlo todo con ellos y con usted, darles una buena reprimenda.

—Espere, espere —se aterró el espía—. Usted no sabe que ellos son…

—¿Agentes de la CIA? ¡Claro que lo sé! ¿Por qué clase de tonta me ha tomado usted? ¡Pero si la cosa no puede estar más clara, Simón! ¿No le parece?

El hombre de la CIA en Barcelona tragó saliva… ¿La cosa estaba clara para ella? ¿Qué clase de cerebro tenía aquella mujer?

—Más bien normal —dijo ella, aterrando una vez más al espía —. Pero rebosante de lógica. Iremos en mi coche esta vez, pero usted conducirá: me encanta la comodidad. ¿Vamos?

* * *

—¿Quién es?

—Soy Cummings. Abre.

El hombre que había hecho la pregunta detrás de la puerta y pistola en mano, lanzó una exclamación, guardó la pistola y se apresuró a abrir… Quedó petrificado cuando el cañón de un rifle

con un formidable silenciador en el extremo, apareció ante sus ojos y llegó a tocar su nariz.

Demudado, dejó de mirar el rifle para mirar a quien lo empuñaba. Y su boca y sus ojos se abrieron en un gesto de asombro y espanto a la vez.

—Buenas noches, Simón —saludó la bella rubita de los ojos verdes, bajando el rifle—. Son ustedes unos imprudentes: después de matar a Alexander Somerset, debieron desmontar este rifle y esconderlo muy bien, en lugar de dejarlo en el maletero del coche. He abierto muchos maleteros en mi vida. Y ahora, tenga este rifle, desmóntelo y póngalo en un lugar menos… accesible para cualquiera.

Se lo tiró a las manos con fuerza y el agente de la CIA lanzó un gemido cuando la culata golpeó en su vientre. Baby sonrió, pasó por su lado y entró en la casa tranquilamente. El agente de la CIA miró a Simón-Barcelona, entre furioso y desconcertado, y Simón-Barcelona encogió los hombros y masculló:

—¿De qué te sorprendes? Llevo tiempo en Barcelona y sólo te diré que para llegar a esta calle de la Baronesa de Olzet, ha sido ella quien ha tenido que guiarme.

—No has debido traerla aquí…

—¡No digas tonterías! ¡Ella me ha traído a mí!

Y hasta sabe que os gustan las palomitas de maíz.

Dejando petrificado a su compañero, Simón-Barcelona se fue en pos de Baby, que en aquel momento aparecía en la puerta de un amplio salón, donde había dos hombres, uno de ellos con una pierna vendada y colocada sobre otro sillón delante del que ocupaba. Quiso ponerse en pie de un salto, pero emitió un gemido, palideció y quedó inmóvil en el sillón, bruscamente pálido. El otro sí pudo ponerse en pie de un salto y se quedó mirándola con ojos desorbitados.

—Buenas noches —saludó la espía acercándose al herido inmediatamente, sonriendo—. ¿Qué tal, Simón? Espero que me perdone. De todos modos, piense que está vivo de milagro, porque yo le apunté a la espalda… Si no hubiese sido por el desnivel del terreno y su veloz carrera, estaría ahora muerto, seguramente. Me alegra que esté vivo, pero, al mismo tiempo, empiezo a preocuparme: es la primera vez que falló un disparo desde hace

años. Mmm… Me parece que tendré que intensificar mis entrenamientos en zonas con desnivel. ¿Ya le han atendido la herida?

El agente de la CIA tragó saliva y miró a Simón-Barcelona… En realidad, todos le estaban mirando a él, que acabó por encoger los hombros.

—¿Qué demonios os pasa? Yo he hecho todo lo que me habéis estado indicando, simplemente. Lo ha ido sabiendo todo ella sola… ¡Y no vamos ahora a quejarnos de que Baby sea tan lista!

Se dejó caer en un sillón y encendió con gesto furioso un cigarrillo.

—Sí —dijo por fin el herido—. Me han atendido, sí.

—Espero que adecuadamente.

—Sí, sí.

—Menos mal. Y ustedes —se volvió de pronto hacia los otros dos —: ¿respetaron mi pase para los dos rusos?

Los dos espías entusiastas de las palomitas de maíz asintieron con la cabeza.

—¿No los mataron?

—No… No, no.

—Menos mal. Pero sí eran ustedes tres los que mataron a Alexander Somerset en Montjuich, ¿verdad? Claro… Ahora, cuando Simón me ha señalado su coche, lo he reconocido: ya venían detrás mío cuando seguí a Somerset al salir éste del aparcamiento cerca del «Hotel Diplomatic»… Pero me pareció que se habían ido por otro lado al llegar ante la casa de Simón… En fin, paciencia. Ya comprendo que nos siguieron a Somerset y a mí, nos estuvieron vigilando… *Okay*, queridos Simones. Pero la pregunta es: ¿por qué lo mataron?

Los tres agentes de la CIA cambiaron una veloz mirada.

—Bueno… —empezó uno de ellos— al ver que usted se hallaba en situación apurada…

—Vamos, vamos, Simón I —negó ella con la cabeza, dejándose caer en un sillón—. Ustedes tuvieron que comprender perfectamente que yo sabía que Somerset se iba acercando a mí y que todo lo que él hiciese podía ser controlado por Baby… Ustedes tuvieron que comprender que era yo quien dirigía el juego, no él. Y creo que fue precisamente por eso que lo mataron… ¿Correcto?

¿Qué temían realmente? ¿Que, como siempre, yo venciese en la partida y le obligase a decirme algo que ustedes no querían que yo supiese?

—Ya os he dicho que lo sabe todo, o lo adivina todo —casi gritó Simón-Barcelona, aguda la voz—. ¡Os lo he dicho!

—No nos pongamos nerviosos —sonrió secamente la espía más audaz del mundo—. Estamos entre amigos, entre compañeros… ¿O no?

—Sí… Sí, claro que sí, Baby.

—Estupendo. ¿Mataron a Alexander Somerset para que yo no pudiese averiguar algo por medio de él?

—Sí. Pero al mismo tiempo, la ayudábamos… ¿No?

—Oh, sí… Muy amables, queridos. Pero me quitaron de las manos una fuente de información.

—Ya ha podido disponer de otra antes, con los dos rusos que ha dejado dormidos.

—No… Después de una conversación divagatoria, llegamos al centro del asunto y algo comenzó a disgustarles. Pero eso no fue todo: de pronto, comprendieron que yo era Baby y se sobresaltaron tanto que sólo supieron llevar sus manos a las armas… Por puro instinto, desde luego. Pero como yo estaba prevenida para todo, pues no iba a entrar allí como una pobre tonta, los dormí… No merecían nada peor, a mi juicio.

—Entonces… ¿los rusos no le han dicho nada?

—Nada. Excepto algo que más bien comprendí por mí misma: se disponían a marcharse. Y eso nos lleva a una conclusión inevitable: han recibido noticias de que ya no tienen nada que hacer en Barcelona… ¿Se les ocurre por qué?

—No…

—¿No? ¿De veras? ¡Pero si no puede ser más simple…! Lo que les decidió a marcharse fue que habían recibido información respecto a que Roy Devine no estaba en Barcelona…

—Estamos convencidos de que él llegó aquí.

—Desde luego. Pero ya se ha marchado, pueden estar bien seguros. Y los rusos, obedeciendo órdenes, se disponían a marcharse también. ¡Cualquiera sabe dónde está ahora Roy Devine! Desde luego, en Barcelona, no está, así que nosotros tendremos que levantar el campo… ¿Están de acuerdo?

—Claro. Si Devine ha podido escapar de aquí, tendremos que buscarlo por otra parte…

—Sí, pero… ¿dónde? —intervino otro agente de la CIA.

—En mi opinión —reflexionó Baby—, la huida de Devine de Barcelona, nos deja a nosotros al margen de todo esto. Tarde o temprano, él aparecerá en otro lugar, si los rusos no lo cazan antes… Y cuando aparezca, otros compañeros nuestros serán los encargados de atender el asunto… ¿Ustedes han venido desde París?

—Sí.

—Pues vuelvan allá a primera hora de la mañana. ¿Algo que objetar?

—No.

—Muy bien. En cuanto a mí, creo que desde aquí iré a Palma de Mallorca, para… Oh, bueno —sonrió—, eso son cuestiones personales. En fin, partiré también cuanto antes hacia Palma de Mallorca. ¿Todo correcto?

—Lo que usted mande.

Baby los fue mirando uno a uno, con expresión un tanto irónica.

—Ya sé que tengo mando en todo el mundo sobre todos los agentes de la CIA —murmuró—. Pero esta vez, ustedes han estado realizando una jugada… ajena a mis poderes de mando. Incluso ajena a mis conocimientos sobre la verdad de este asunto. Bien: ¿cuál es esa verdad? ¿Por qué han estado ustedes… espiando lo que conversábamos Cummings y yo, en lugar de presentarse a mí, o de llamarme por la radio, o…?

—Teníamos órdenes.

—¿Qué clase de órdenes?

—Nos dijeron que usted vendría a Barcelona y que no cabía la menor duda de que encontraría a Devine, así que debíamos… dejarla hacer las cosas a su modo, no intervenir salvo que fuese estrictamente necesario, o… en la última parte.

—¿Qué última parte?

Simón I se pasó la lengua por los labios.

—Cuando usted encontrase a Roy Devine y lo que él traía desde Copenhague. Desde Hamburgo, él…

—Todo eso ya lo sé; me lo contaron los rusos. Ciñámonos a lo que me interesa… Al parecer, había una fe ciega en que yo

encontraría a Devine y lo que él traía. Supongamos que lo hubiese encontrado, en efecto. ¿Qué habría pasado entonces?

—Nosotros habríamos intervenido.

—¿En qué sentido?

—Pues —Simón I parecía presa de angustia—. Debíamos aparecer junto a usted y encargarnos inmediatamente de Devine.

De nuevo los miró Baby uno a uno.

—¿Qué quiere decir con eso de inmediatamente?

—Pues eso: inmediatamente.

—¿Quiere decir sin darme tiempo a hablar con Roy Devine, ni saber lo que él había traído desde Copenhague?

Unos gotitas de sudor habían aparecido ya en la frente de Simón I y brillaron con diminutos destellos cuando asintió con la cabeza.

—Sí —murmuró—. Sí, eso. Teníamos que… que hacernos cargo de él inmediatamente, decirle a usted que disponíamos de un avión listo para partir en el acto… En fin, todo lo que la hubiese convencido para dejarlo en nuestras manos…

—Ya. De modo que me envían a encontrar a Devine, porque consideran que sólo yo soy capaz de conseguirlo… pero al mismo tiempo, quieren impedir que yo hable con él o que sepa lo que ha traído de Copenhague… Me utilizan para hallarlo porque quieren tener la seguridad de que él será hallado… pero nada de hablar con él, nada de saber lo que traía… ¿Por qué?

—No lo sé…

—¿Tampoco ustedes saben lo que él traía de Copenhague?

—Tampoco —tragó saliva el espía—. No, tampoco.

—Y, claro, todo esto es orden de la Central.

—Sí, claro. ¡Naturalmente!

Baby frunció el ceño y quedó pensativa. Comprendía muy bien que ni míster Cavanagh ni tío Charlie hubiese querido dar la cara… No se habían atrevido a intervenir en aquello y por eso habían tenido cosas «urgentes» que hacer en otros lugares. No, no querían saber nada de aquello o, al menos, no querían más adelante soportar su mirada, su silencio… Eso implicaba, sin la menor duda, que tenían la seguridad de que Baby no estaría de acuerdo con algo… Con lo que traía Roy Devine desde Copenhague, al parecer. La pregunta final sólo podía ser una, ya repetida: ¿qué había conseguido Roy Devine en Copenhague?

—Está bien —musitó—. Dentro de unos días yo pediré cuentas de esto en la Central… y, al mismo tiempo, presentaré por primera vez mis disculpas por no haber podido encontrar a nuestro compañero Devine. Alguna vez se ha de fallar…

—Eso es de humanos —dijo el herido.

Baby le dirigió una cariñosa sonrisa.

—En efecto. Bien, ahora voy a pedirles un favor: irán al lugar donde mataron al pobre Alexander Somerset y, si todavía ello es posible, le meterán en el coche y lo llevarán a la casa donde están durmiendo los otros dos. Espero que se las arreglen para trasladar el cadáver a Rusia… Hecho esto, sólo tienen que preocuparse de su partida hacia París. ¿Alguna duda?

—No… Ninguna. Lo haremos.

—Gracias en nombre de los buenos espías —susurró Baby—. Y ahora, adiós… Me voy a mi hotel, a descansar —sonrió de pronto, divertida—: es el «Roma». Los llamaré antes de partir hacia Palma de Mallorca, si consigo pasaje. Y a usted también, Simón-Barcelona… Hasta la vista, Simones.

—¿Es la despedida definitiva? —susurró Simón-Barcelona.

—Claro. A menos que tengan ustedes algo más que decirme.

Los cuatro hombres de la CIA negaron con la cabeza. Ella saludó con una manita y salió de la casa. ¿No era aquel el más puro espionaje? La CIA engañando a su mejor elemento mundial…

Cuando ya todos tuvieron la seguridad de que ella se había ido, Simón I se pasó, por fin, el pañuelo por la sudorosa frente.

—Ha sido el peor rato de mi vida —suspiró.

—Pues hemos salido bien librados —dijo el herido—. Si le llegamos a decir que sí sabíamos perfectamente en qué estábamos trabajando, jamás nos habría vuelto a mirar a la cara.

—Bien… ¿Qué hacemos?

Simón-Barcelona miró a Simón II, ceñudamente.

—¿Qué quieres que hagamos? Obedecerla. Está bien claro que Devine ya no está en Barcelona, así que todo lo que nos resta por hacer, es seguir las instrucciones de Baby.

—Total, que tú y otros especialistas, por el momento tenéis que trabajar —deslizó Simón I.

Simón-Barcelona encogió los hombros y se puso en pie.

—Ya me avisarán, si procede. Hasta otra… Si no me necesitáis,

me voy a la cama. Hace dos noches que no duermo.

Capítulo VIII

El teléfono sonó hacia las once de la mañana y Albert Cummings lo descolgó. Había dormido poco y mal, obsesionado por aquella llamada. Eso, si era la que estaba esperando…

—¿Sí?

—Hola, Simón, ¿qué tal?

—Ah, Baby… Bien, bien… ¿Y usted?

—Estupendamente. Acabo de llamar a nuestros compañeros y me dicen que salen dentro de una hora para París. Todo arreglado, incluso lo del cadáver de Somerset…

Simón-Barcelona sonrió, porque oía rumor de muchísima gente, la voz metálica en un altavoz, y casi habría jurado que el poderoso zumbido de un avión a reacción.

—¿Está usted en el aeropuerto?

—Sí, sí… He tenido suerte: salgo dentro de veinte minutos. Dígame: ¿puedo hacer algo por usted?

—Pues… no. De todos modos, gracias. Y feliz viaje.

—Adiós, Simón. Un beso.

—Adiós…

Clic.

Simón-Barcelona colgó el auricular, miró su reloj, y se sentó en un sillón.

Hora y media más tarde, cuando ya Baby debía estar en Palma de Mallorca y sus tres compañeros llevarían media hora de vuelo hacia París, se puso en pie, salió de la casa, se metió en el coche y se alejó, sonriendo ceñudamente.

Casi media hora más tarde, detenía el coche en el estacionamiento interior del Real Club Náutico, se apeaba y se dirigía sin vacilar a uno de los embarcaderos. Siempre sin vacilar, saltaba a un yate moderno, rutilante. Mientras buscaba en su bolsillo las llaves de las cabinas, miraba a su alrededor, sonriente.

Un hermoso día… El mar, algunas gaviotas, Montjuich allá enfrente, algunos pequeños veleros haciéndose a la mar, las palmeras del Paseo de Colón…

Abrió, entró y recorrió el pasillo. Entró en uno de los pequeños pero bien acondicionados camarotes y su mirada fue en seguida hacia la amplia cama litera, donde yacía un hombre, con barba de varios días, al parecer dormido y sujeto al lecho por sólidas cuerdas.

Simón-Barcelona acercó una silla, se sentó y tomó el pulso del hombre… Roy Devine, claro. Luego, le alzó un párpado y sonrió.

—Estás perfectamente —dijo en voz alta—. Lo malo será cuando despiertes: tendrás un hambre de mil demonios. Pero te recuperarás en seguida. Sólo que esta barba…

Salió del camarote, entró en otro y encontró una maquinilla de afeitar eléctrica, a pilas. La probó, volvió a sonreír y regresó junto a Roy Devine, dedicándose a afeitarlo, sin que el narcotizado agente de la CIA reaccionase en lo más mínimo.

—Supongo que lo peor serán los pinchazos, pero peor habría sido una bala en la espalda, como me ocurrió a mí —soliloqueó Simón-Barcelona—. Sí, no hay nada más terrible que recibir un balazo en la espalda, Roy. Algo se… rompe dentro de uno, algo queda como… aniquilado. Y luego, cuando abres los ojos y ves que estás vivo —movió la cabeza—. Bueno, quizá algún día llegues a saberlo mucho mejor que explicándotelo yo, compañero. Bien… Ya estás guapo —paró la maquinilla y se puso en pie—. Ahora tendremos que esperar a que…

Se volvió para ir a dejar la maquinilla en su sitio, siempre hablando en voz alta… Pero su voz se le atragantó, como si de pronto se hubiese convertido en una tonelada de algodón. Y sus ojos se abrieron casi hasta saltar de las órbitas.

Delante de él, mirándolo fijamente, la bellísima y rubia señorita Lili Connors, permaneció inmóvil unos segundos. Luego, se acercó a Roy Devine, lo examinó y asintió con la cabeza.

—Es lo que se llama una buena ración de sueño —dijo con voz tranquila—. Pero a la larga, estos narcóticos le habrían perjudicado, Albert. Además, usted tenía que inyectarle dosis muy cargadas y eso podría haber sido fatal… ¿No cree?

—He… he tenido… mucho cuidado con eso…

—Lo supongo. No se afeita a un hombre hacia el que se tienen

malas intenciones.

—Usted… usted tendría que estar ahora en… en Palma de Mallorca…

—Ya he estado varias veces allí y, en cambio, no conozco Barcelona. Me parece una hermosa ciudad, así que decidí quedarme un par de días más, quizá tres.

—Pe-pero yo… yo oí el rumor del aeropuerto, los aviones que… que…

Lili Connors abrió su maletín, sacó la grabadora y la puso en marcha: rumor de aeropuerto.

—Me engañó… Usted estaba… vigilándome, cerca de mi domicilio…

—En efecto. Sabía que usted, tarde o temprano, tendría que visitar a Roy Devine.

—Pero, ¿cómo podía usted saber…? ¿Cómo ha conseguido comprender qué…?

—Sólo un perfecto imbécil confundiría las diez del día once, con las once del día diez. En su ficha, usted no parecía imbécil y, por otra parte, si lo hubiese sido, jamás habría trabajado para la CIA Además, le he conocido personalmente, he visto sus ojos al natural… No. Ni imbécil, ni cobarde. Le diré lo que pasó: usted fue a las once del día diez a esperar a Roy Devine y se las arregló para narcotizarlo… Por cierto: ¿cómo lo hizo?

—Le clavé en la espalda una jeringuilla de acción automática, con narcótico. No quería que él me viese.

—Ya. Bien, consiguió cazarlo, lo trajo aquí y luego se fue a su apartamento, dispuesto a cumplir su papel: esperar al día once, para ir al aeropuerto a las diez de la noche. Pero, recibió una orden de París, y entonces siguió haciendo su papel: fue al aeropuerto, buscó magistralmente a Roy Devine… Mientras tanto, Devine yacía aquí, en su poder, narcotizado. Cuando vinieron nuestros compañeros de París, se guardó muy bien de decirles que lo tenía usted, y tampoco me lo dijo a mí… ¿Por qué, Albert?

—No quería que nadie recogiese lo que Devine había traído desde Copenhague.

—¿Usted sabía lo que él traía?

—Sí… Me lo decía en el mensaje cifrado. Con pocas palabras, pero lo comprendí todo. Supongo que me lo dijo para que yo

comprendiese la importancia del asunto.

—¿Sabe si Devine les informó también a nuestros compañeros de París?

—Claro está que lo hizo.

—Entonces… ¿todos sabían lo que estábamos buscando… menos yo?

—Teníamos órdenes severísimas de no decírselo.

—Y las han cumplido muy bien. Sin embargo, usted, además de obedecer las órdenes de la CIA y de aparentar secundar a los compañeros de París, estaba haciendo su propio juego: sabía dónde estaba Roy Devine y no lo dijo a nadie, ha dejado que consideremos que hemos fracasado en su búsqueda. Cada cual ha hecho su juego, y yo comprendo el mío y el de los Simones de París y el de la Central… Pero, ¿y el suyo, Albert? ¿Cuál es su juego?

—Ya se lo he dicho: quería impedir que la información que traía Roy Devine llegase a manos de la CIA.

—Entonces… ¿es un traidor?

De pronto, Simón-Barcelona sonrió.

—Pues yo diría que sí —aceptó, divertido.

Baby entornó los ojos, y también sonrió.

—¿A quién le ha entregado esa información?

—La he quemado y sus cenizas están esparciéndose por el mar. Nadie la tendrá nunca.

—Así parece. Pero quizá será tan amable de decirme en qué consistía.

—Puedo hacerlo, con gusto… en líneas generales, claro: se trataba de una lista de catorce personas que en Copenhague se deben estar reuniendo para llevar a cabo una especie de… asamblea abierta, exponiendo ante periodistas de toda Europa, datos sobre crímenes de guerra y de espionaje cometidos hasta la fecha por soldados de los Estados Unidos y, naturalmente, por la CIA Muchos de esos datos, son todavía desconocidos para el mundo, y claro está que a los rusos les convenía que fuesen aireados, no partiendo de la MVD La información conseguida por Roy Devine detallaba los nombres de esas personas.

—Pero usted no dirá esos nombres.

—Ni siquiera los quise leer.

—¿Se da cuenta de que con eso va a perjudicar el buen nombre

de Estados Unidos, al permitir que esas acciones…?

—Quien no quiera escuchar acusaciones, sólo tiene que hacer lo posible por no merecerlas. Cada persona, cada grupo, cada país, cada mundo tiene que afrontar sus actos… Espero que esto sea una buena lección para nuestra patria. Y si usted me considera un traidor por hacer esto, no me importa… Ya me temía que no comprendería mi actitud y por eso, a pesar de todo lo que se dice sobre Baby, yo decidí no confiar en usted.

—Usted creyó que si me decía la verdad, yo no estaría de acuerdo con usted, y que lo delataría, y se le… obligaría a recordar esos nombres… ¿Es eso?

—Sí.

—Estaba convencido de que yo apoyaría la postura de la Central, no la de usted.

—Sí.

—Se equivocó, desde luego. Yo también pienso que cada persona debe cargar con las consecuencias de sus actos. Esta será una buena lección para Estados Unidos, en efecto… Una más.

—¿Quiere decir… que habría estado de acuerdo conmigo?

—Sin la menor vacilación.

—Pe-pero… usted trabaja para la CIA… Usted…

—¿Usted no? Y, sin embargo, ha cometido lo que sólo puede ser calificado de traición. Y eso, para que unas atroces verdades sean expuestas…

—No ha sido sólo por eso —jadeó Simón-Barcelona—. ¿De verdad usted no conoce los planes de la Central?

—Ya estoy acostumbrada a que me mientan. No, no conozco esos planes. Aparte, claro, de conseguir esa información para… Dios…

Se quedó muda, lívida. Simón-Barcelona asintió con la cabeza.

—Eso es —susurró—: para asesinar a catorce personas.

—No… ¡No!

—Lo sé muy bien, porque yo habría formado parte del grupo de ejecutores. Dos docenas de agentes… especializados estábamos esperando esa información para salir hacia Copenhague y hacer el… trabajo.

—No, por Dios… ¡No!

Simón se dejó caer en el borde de la litera, pálido, de pronto

envejecido su rollizo rostro tan saludable.

—¿Con quién cree que está tratando? —murmuró—. ¿Eso la sorprende o la escandaliza, realmente? A mí, no. Hace años que pertenezco a esa… sección de especialistas. Especialistas en asesinatos… ¿No lo cree? Allá usted. ¿Quiere que le diga a cuántas personas he matado por órdenes… que nadie sabría de dónde procedían? ¿Quiere saberlo?

—¡No!

—Mejor, porque yo también prefiero olvidarlo… Un día le llaman a uno y le hacen unas ofertas magníficas… No sólo en dinero, sino en respeto, en estima de la patria… La patria es algo que debe salvaguardarse por encima de todas las cosas… Eso es muy cierto y yo me dejaría matar por Estados Unidos. Incluso ahora que ya no siento ilusión por nada de la vida… Sí, un día lo llaman a uno y le llenan la cabeza de propaganda patriótica, lo… trabajan de tal modo que su cabeza se convierte en una computadora, capaz solamente de digerir las ideas que brotan de la Central. No hay tiempo ni oportunidad para otra cosa. Se le somete a entrenamiento, a cuestionarios, se le machacan una y otra vez las mismas ideas… ¿Qué es lo más grande del mundo? Estados Unidos. ¿Qué son los demás?: seres a los que hay que vigilar y controlar, por encima de todo y sea como sea. La piedad no existe. Ni la igualdad ni, ciertamente, el menor respeto por los derechos ajenos… Se crean unos intereses, un grupo poderoso y hay que mantenerlo… Lo demás no importa nada, sólo la patria… Pero, ¿qué patria me han ofrecido a mí? ¿Puedo creer que mi patria sea ese grupo de personas que año tras año han estado convirtiendo mi cabeza en una computadora a su servicio? No, no, no… Esa no es mi patria ni la de nadie. En cuanto a mí… ¿en qué me han convertido? ¿En un espía? ¡Claro que no! A mí me han convertido en un robot asesino. Un robot ciego, sordo, no pensante… La patria, la patria, la patria me dicen, me repiten… Hay que hacer esto por la patria, hay que hacer aquello por la patria, hay que hacer esto otro, hay que matar a éste, a ése, a aquél, a aquéllos… Y se mata de este modo y de este otro, y así, y así, y así… Hay venenos, cuchillos, pistolas, bombas… Hay de todo. Y si no tienes ningún arma, mata con tus manos. ¿Ves este cuello?: este es el punto donde tienes que apretar para arrebatar una vida. ¿Ves esta cabeza?: si golpeas aquí,

hundirás el cráneo, la muerte es fulminante… ¿Ves aquel hombre?: es un enemigo, ve a matarlo… ¡Mátalo, mátalo, mátalo! ¡MATA, MATA, MATA…!

Simón-Barcelona se calló, tragó saliva lentamente. Ante él, la mejor espía del mundo contemplaba aquellos ojos llenos de lágrimas, aquel rostro desencajado, lívido… Casi tanto como el de ella.

—Y un día… —Siguió Cummings, con voz aguda— un día, le hieren a uno por la espalda. Eso es nuevo… Completamente nuevo. ¡Cómo…! Pero, ¿no era yo quien debía haber sido el que disparase, hiriendo o matando al otro? ¿Cómo es posible, qué ha pasado…? En la espalda tenemos un dolor, una presión… Hay algo negro que se va espesando ante nuestros ojos. ¿Qué pasa? ¿Estamos muriendo? Parece ser que sí, pero… ¿por qué, para qué? No sabemos quién ha disparado, ni nos importa. Pero… ¿quién ha podido ser sino otro… robot? Sí, otro robot preparado, programado… Mata a aquél, le han dicho; y él dispara, él mata, mata, mata… Pero, ¿a mí? ¿A mí? ¿Quién soy yo? No soy nada, no soy nadie, no valgo nada… ¿Verdaderamente mi muerte puede beneficiar a alguien? ¿A quién? ¿A Rusia, a China, Alemania, Albania, Italia, Japón…? ¿A quién? La respuesta es clara: mi muerte no beneficia a nadie. Entonces, ¿yo tampoco he beneficiado a nadie matando a otros? ¿No he beneficiado a mi patria? ¿No fue realmente algo hermoso cuando maté a éste, a aquél, al otro…? ¿Qué fue, entonces? ¿Un asesinato estúpido? ¿Solamente eso? Entonces, la bala que tenemos en la espalda nos lleva a un mundo negro, profundo. Luego, abrimos los ojos… Todo ha pasado, estamos vivos… ¡Qué estupendo, qué bien, qué maravilla…! Pero… ¿y los demás, los que yo había matado? Ésos no despertarán nunca, nunca, nunca… Pero… ¡cuidado! ¿Vas a decirles a los que te han programado que estás empezando a pensar por tu cuenta, que estás horrorizado de ellos y, sobre todo, de ti mismo? ¡Cuidado!, porque si dices eso, tú serás un peligro para la patria y le dirán a otro robot que te mate, que eres un traidor… ¿Y eso es todo? ¿Para eso se ha estado matando a otros hombres? ¿Esto es la vida, esto es la patria, esto es lo… humano? ¿Es esto? Uno piensa que no, pero se calla. Guarda silencio. Sin embargo, ya está pensando por su cuenta… Así, cuando le dicen que haga esto o aquello, lo hace mal. Muy mal. ¿Qué le pasa a nuestro asesino

Albert? ¿Ya ha perdido sus magníficas facultades? Bueno, lo vamos a tener en observación, lo vamos a dejar descansar una temporada… Corta temporada… Albert, me dicen, hay catorce personas en Copenhague que hay que eliminar: son enemigos de la patria. Tú formarás parte del grupo de especialistas… Esperamos que estés de nuevo en forma, muchacho… ¡En forma! Igual que un futbolista, o un tenista, o un nadador… Ah, ¿me darán una medalla de oro por estar en forma? ¿O quizá de plata, porque no seré el mejor asesino, sino el segundo mejor asesino? O quizá de bronce, porque puedo ser el tercer mejor asesino… Y mientras tanto, Albert sigue pensando que algo no está bien, algo no funciona debidamente en el mundo y, especialmente, en ese grupo que le ha convertido en un robot… En realidad, nada está bien y todo está mal… ¿Hay que morir? Muy bien, pero Albert ya no mata a nadie más… ¡A nadie más! ¡Albert ya no quiere matar a nadie más, no quiere saber nada de nada… ya no quiere matar más, no…! Prefiere ir ya, por fin, con esos que nunca volverán, con los que nunca despertarán y que sólo eran hombres, como Albert… Espías, igual que Albert. Hijos de su padre, de su madre y hermanos de sus hermanos. Y nunca volverán, nunca despertarán… porque Albert los mató. Pero no más… ¡YA NO QUIERO MATAR NUNCA, A NADIE, A NADIE MAS…!

Rompió a llorar, de pronto, con una fuerza terrible, con un desconsuelo espeluznante, igual que un niño. Brigitte Montfort se acercó a él, le tomó la cabeza entre sus manos y la apretó contra su regazo mientras en silencio, subrayando el ruidoso llanto del espía, dos enormes lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Este es el final

—Entonces… ¿le gustó Barcelona? —musitó Pitzer.

La espía más peligrosa del mundo asintió, dirigiendo una mirada de reojo al consejero de la CIA, que esta vez había llegado acompañado por el jefe del Sector de Nueva York de la CIA.

—Mucho… Estuve en…

—Desde luego —intervino con escasa cortesía el consejero, que había seguido el curso de sus propios pensamientos—, algo extraño ha tenido que ocurrir allá, Baby… Algo que escapó a su… reconocida eficacia.

—¿A qué se refiere?

—Bueno… No me negará que es todo muy extraño; después de estar buscando como locos a Roy Devine, éste aparece en Madrid, solo, tranquilamente y cuenta esa extraña historia de que fue atacado en el aeropuerto y despertó días después en una playa, con dinero, afeitado… y muerto de hambre… pero sin su información.

—Es una extraña historia, en efecto —asintió Brigitte—, pero, al menos, conserva la vida. No podemos dudar que fueron muy considerados con él. Los rusos, claro.

—¿Los rusos? ¡Bah! ¡Nadie creería eso!

—Yo sí —sonrió la divina—. Seguramente, pensaron que me disgustaría mucho que lo matasen sin… necesidad.

—Y luego, esta extraña actitud de Albert Cummings; pone a Roy Devine camino de Barcelona cuando éste se presenta en su apartamento y, con él, envía su renuncia… y desaparece. Francamente, la actitud de Cummings merece ser estudiada muy…

—Molesten ustedes a Albert Cummings —susurró la espía, con los ojos súbitamente congelados—. Molesten a ese hombre una sola vez en su vida y les aseguro que la CIA va a tener que lamentarlo.

—¿Nos está amenazando? —Respingó el consejero.

—Ese hombre está acabado como espía. Ha llegado a su ocaso.

Olvídenlo. Para siempre. Tiene derecho a vivir todavía largos años con su conciencia, a reeducarse, a ser él mismo. Olvídenlo, o la CIA va a saber verdaderamente quién es Brigitte Montfort.

—¿Está hablando en serio? —exclamó el consejero—. ¿Se atreve a…?

—Lo que ella trata de decir —intervino Pitzer, angustiado— es que no conviene a la CIA sacrificar personal que ya está acabado, señor.

—De ninguna manera he querido decir eso —aseguró Baby—. He querido decir lo que he dicho.

El consejero vaciló y acabó sonriendo.

—Bueno… Genialidades suyas… No vamos a darle importancia al asunto. En cuanto a olvidar a Cummings… ¿por qué no, si ya está acabado? En cuanto a usted… ¿no le parece que también empieza a declinar?

—Quizá.

—Este es su primer fracaso: no ha traído usted a Devine, ni pudo conseguir la información que él traía… Tomaremos buena nota de este fracaso, naturalmente.

—Anoten ustedes lo que quieran. Y si les parece que estoy en decadencia, no recurran más a mí.

El consejero se puso en pie, un poco pálido.

—Adiós, señorita Montfort —susurró.

—Adiós. Perdone que no le acompañe, pero estoy muy bien aquí sentada.

El consejero parpadeó, dio media vuelta y salió del lujoso salón. Pitzer se quedó de pie ante Brigitte, mirándola todavía asustado. De pronto, se puso una mano sobre el corazón y susurró:

—Otro nuevo golpe aquí, ¿verdad, Brigitte?

—Quizá.

—En cuanto a eso de que ha fracasado —Charles Alan Pitzer sonrió irónicamente y movió la cabeza—. Vaya, hijita, usted sabrá lo que ha hecho, pero… no pretenda que yo me trague esa píldora. Así que… supongo que debo felicitarla.

—Adiós, tío Charlie.

—Adiós.

Y cuando Charles Alan Pitzer se hubo marchado en pos del consejero, Brigitte volvió a leer el telegrama que había recibido

muy poco antes de aquella visita.

Decía:

TU PRIMO SIMON DE BARCELONA RECOGIDO POR MI EN ROMA *stop* NO TE PREOCUPES POR ÉL *stop* LO SACAREMOS ADELANTE *stop* TE AMO

Angelo

—Y yo también te amo, Uno —susurró la espía—. Tengo que amarte mucho, muy intensamente… porque algún día, seremos… de esos que nunca volverán.

FIN

Notas

[1] Véase la novela anterior, titulada *Guerra de salón*. < <